



LA GUERRILLA EN GIPUZKOA (1808-1835)

Trabajo de investigación histórica becado por el
MUSEO ZUMALAKARREGI

presentado por

MICHAEL KASPER

Gipuzkoa, en diciembre de 1991



MUSEO · ZUMALAKARREGI · MUSEOA



**Gipuzkoako Foru Aldundia
Diputación Foral de Gipuzkoa**



Índice general

1. Introducción	pág. 3
2. Crisis y rebeldía popular en el siglo XVIII	pág. 8
3. Ensayo de resistencia popular en la guerra de la convención.....	pág. 19
4. La guerrilla de la guerra de la independencia.....	pág. 31
5. La guerrilla de la francesada en Gipuzkoa	pág. 42
6. Consecuencias de la guerrilla de la independencia .	pág. 61
7. El levantamiento popular durante el Trienio Constitucional.....	pág. 66
8. "Precarlismo" en la ominosa década	pág. 77
9. La primera guerra carlista: de un ejercito de guerrillas a un ejercito regular	pág. 85
10. Consecuencias.....	pág. 103
11. Fuentes y bibliografía	pág 107



1. INTRODUCCIÓN

El estallido de la primera guerra carlista está caracterizado, en Euskal Herria, por una masiva participación popular. Aunque durante el primer año y medio de la guerra, las tropas gubernamentales seguían siendo dueñas de las plazas fuertes y de las vías de comunicación, los sublevados ganaron cada vez más terreno gracias al masivo apoyo popular. Era la guerra de un pueblo contra una dominación ajena. (Este sentimiento fue propio de las zonas rurales, mientras que las ciudades del litoral seguían fieles al gobierno central).

En vista de la inferioridad de los sublevados frente a las tropas españolas, se practicaba la guerra de guerrillas, actuando con métodos imaginativos y espontáneos que caracterizan las guerras de liberación.

No fue en la guerra carlista en la que se inventó esta singular forma de lucha, ni fueron los vascos los que la elaboraron. El gran modelo de la guerra de guerrillas está en la guerra de la Independencia, en la que los pueblos de España rechazaron en conjunto a los invasores franceses. Esta fue la primera guerra revolucionaria de la época contemporánea y el modelo de todas las guerras de liberación.

Sólo median veinte años entre el final de la guerra napoleónica y el comienzo de la guerra carlista; suficiente tiempo aún para que los carlistas sublevados se sirvieran de las experiencias de aquella confrontación. Además, en estos veinte años se desarrollaron más conflictos, como la guerra realista del trienio constitucional, que reavivaron la idea de que el propio pueblo era capaz de defender con las armas sus derechos e intereses.



Toda España se había levantado contra la invasión francesa, y el recuerdo de esta victoria popular pertenecía al conjunto de la población española. No obstante, en los primeros momentos de la guerra carlista, fue en Euskal Herria, donde el levantamiento popular se asemejaba más al de la guerra napoleónica. La rebeldía vasca tiene sus orígenes en la particular historia política, económica y social, en la que se desenvuelven. Se supone que uno de los principales motivos del levantamiento fue la defensa de los fueros. En aquel entonces existía ya una conciencia histórica del **particularismo** vasco, y la disposición de oponerse a los intentos de hacer de las provincias vascongadas provincias españolas como todas las demás. Pero quizás más influencia que la defensa de una doctrina política tuvieron las inmediatas consecuencias económicas y sociales que la población vasca sentía a causa de la política centralista y antiforal del gobierno español.

El presente trabajo se ha propuesto: Por un lado, analizar las motivaciones del levantamiento en Euskal Herria, y especialmente en Gipuzkoa, para lo cual hay que remontarse a la política centralizadora de los Borbones durante el siglo XVIII, y a los conflictos armados que habían sucedido en aquella centuria. Por otro lado, esbozar la línea de continuidad existente en los levantamientos populares y en la formación de la guerra de guerrillas como forma adecuada de lucha del pueblo. Aunque intentamos la limitación a la provincia de Gipuzkoa, nos vemos a veces obligados a recurrir a otras zonas geográficas, por escasez de informaciones en los archivos guipuzcoanos.

Obviamente existe una continuidad desde la guerra de la Independencia, pasando por la guerra realista del trienio constitucional, hasta la guerra carlista; pero probablemente hay que remontarse más atrás, hasta la anterior invasión francesa de la guerra de la Convención. Para considerar en su total amplitud el fenómeno de las revueltas populares, hay que analizar también las



revueltas campesinas del siglo XVIII en Gipuzkoa, las llamadas **matxinadas**. Finalmente interesa el análisis de los personajes que protagonizaron esos levantamientos populares, sus caudillos. El objetivo final será el examen de la actitud popular, pues el verdadero protagonista de los citados conflictos bélicos fue el pueblo. El presente trabajo representa, no obstante, sólo una primera aproximación al tema; continuaré las investigaciones con el fin de aclarar más los objetivos finales de mis estudios.

En este trabajo vamos a recorrer los más importantes conflictos bélicos y levantamientos populares, que tuvieron lugar en Gipuzkoa, desde el siglo XVIII hasta la primera guerra carlista. A pesar de esto, habrá que salir frecuentemente del marco de la provincia, o de Euskal Herria, pues el fenómeno de la guerrilla es español, sobre todo en lo que se refiere a la guerra de la Independencia y a las observaciones generales acerca de la guerrilla.

El tema de la guerrilla es relativamente poco investigado. Sólo en el caso de la guerra de la Independencia ya se reconoce su importancia y se dispone de una serie, aunque escasa, de estudios.¹ Mientras que en este caso la guerrilla forma parte del orgullo español de haber rechazado al enemigo, parece que hay una tendencia a pasar por alto su existencia en el caso de la guerra carlista, dada la pretensión de formalizar y legitimar la lucha carlista con el empleo de un ejército regular. Pero aparte de ese ejército que se estaba formando, sí existía la guerrilla, y fue, además, de gran importancia. Las pocas informaciones a este respecto hacían la realización de este trabajo extremadamente difícil, y las investigaciones no pueden ser dadas por concluidas. En los trabajos llevados a cabo hasta el momento, he centrado mi

¹ Véase sobre todo el artículo de Miguel Artola Gallego sobre "**La guerra de guerrillas: (Planteamientos estratégicos en la Guerra de la Independencia)**", en: Revista de Occidente, segunda época, n° 10 (1964), pp. 12-43



atención primordialmente en la zona alta de Gipuzkoa, por ser la zona ideal para la realización de la guerra por sorpresa y para la retirada de tropas no regulares; además, pasaba por esta zona el camino real que era la más importante vía de comunicación entre Castilla y Francia, muy propicio para los ataques guerrilleros. Importantes fuentes constituyen, así, los archivos municipales de esta parte de Gipuzkoa, como también, por supuesto, el Archivo General de Gipuzkoa, en Tolosa. Últimamente se está publicando más libros sobre el tema que nos ocupa, pero los clásicos siguen siendo las obras de Fernández de Pinedo² y de Fernández Albadalejo³ Interesantes fuentes son también las publicaciones de la época, como las memorias de contemporáneos, incluso de los propios guerrilleros⁴ y relatos de testigos de la guerra carlista.⁵

² Emiliano Fernández de Pinedo, **Crecimiento económico y transformaciones sociales del país Vasco; 1100-1850**; Madrid: Siglo XXI, 1970.

³ Pablo Fernández Albadalejo, **La crisis del Antiguo Régimen en Guipuzcúa; 1766-1833: cambio económico e historia**; Madrid: Akal, 1975.

⁴ Para la época desde la guerra de la Independencia hasta la primera guerra carlista destacan las **Memorias del general don Francisco Espoz y Mina**, edición y estudio preliminar de Miguel Artola Gallego, 2 tomos (tomos 146 y 147 de la Biblioteca de Autores Españoles), Madrid: Atlas, 1962. Para la primera guerra carlista es interesante, de José Berruezo (ed), **Diario de Guerra del Teniente General D. José Ignacio de Uranga (1834-1838)**, Donostia: Diputación de Guipuzcoa, 1959.



También la prensa de aquellos años puede revelar interesantes informaciones, pero todavía no está en su totalidad estudiada. Sobre estas bases múltiples, pero muy dispersas y escasas, he conseguido presentar una primera aproximación al tema de la guerrilla del final del Antiguo Régimen en Gipuzkoa.

⁵ Interesantes informaciones para el presente trabajo han aportado: Francis Bacon, **Historia de la revolución de las Provincias Vascongadas y Navarra: 1833-1837**, Donostia: Txertoa, 1973; Baron Hermann Du-Casse, **Ecos de Navarra, o Don Carlos y Zumalacárregui: hechos históricos, detalles curiosos, y recuerdos de un oficial carlista**, Madrid, 1840; Charles Frederick Henningsen, **Campaña de doce meses en Navarra y las Provincias Vascongadas con el general Zumalacárregui**, Madrid, 1935; y Edward Bell Stephens, **The basque provinces: their political state, scenery, and inhabitants; with adventures amongst the carlists and christinos**, 2 tomos, Londres 1837.



2. CRISIS Y REBELDÍA POPULAR EN EL SIGLO XVIII

Durante el siglo XVIII salieron a la luz las contradicciones sociales existentes en Gipuzkoa, con la creciente agudización de una situación conflictiva que desembocaría en las guerras de principios del XIX. La impresión que hasta entonces ofrecía Euskal Herria, de prosperidad y armonía entre sus habitantes, el mito de una sociedad igualitaria y democrática, se desvaneció ante las tensiones sociales. Para la mayor parte de sus habitantes, las dificultades económicas aumentaron progresivamente por lo que las relaciones entre los grupos sociales se hicieron más tirantes y sus contradicciones más evidentes. Crecían sobre todo dos antagonismos sociales: la oposición de intereses entre los consumidores -la mayoría de ellos campesinos- y los jauntxos, dueños de la tierra; y la que se daba entre éstos y los comerciantes, sobre todo donostiarras.

En el campo se produjo, en el siglo XVIII, un proceso de concentración de la propiedad de la tierra. El número de campesinos pequeños-propietarios descendió a lo largo del siglo⁶, siendo reemplazados por arrendamientos. La causa principal de esta pérdida de la propiedad por parte de los campesinos fue la creciente necesidad de recurrir al crédito; si los excedentes de las cosechas no permitían la amortización de la deuda, la propiedad tenía que ser vendida, pasando muchas veces los ex-propietarios a ser arrendatarios de su antigua propiedad. El crecimiento de las rentas, y la subida de los precios en general, absolutamente favorable para los grandes poseedores de las tierras, colocaron a la población rural -pequeños propietarios, arrendadores y labradores- en una situación de continua lucha por la subsistencia.

Los beneficiarios de esta situación eran los grandes propietarios de



tierras. Si a esto añadimos que el control de las administraciones de los concejos municipales pasó, al mismo tiempo, a manos de una minoría de vecinos **millaristas**, quedando marginada la práctica totalidad de la población de toda participación en la gestión municipal, comprendemos la significación de este antagonismo social. Más tarde, con la agudización de la crisis a principios del siglo XIX, este factor tuvo gran importancia, pues con la venta de bienes concejiles, los que se beneficiaron, fueron, en muchos casos, aquellos que decidieron sobre su venta. A lo expuesto se fue añadiendo, a lo largo del siglo XVIII, una creciente vinculación de los intereses de los grandes propietarios rurales y ricos industriales y comerciantes de las ciudades; lo que creó una clase dominante heterogénea, pero unida en sus intereses y en su contraposición al pueblo llano.

La economía guipuzcoana del Antiguo Régimen estaba caracterizada por su marcado carácter agrario, subsidiariamente completado con el trabajo en las ferrerías y en la actividad comercial. Sobre todo en la primera mitad del siglo XVIII se lograron considerables avances en la producción agraria, pero éstos fueron paralizados por un fuerte aumento de la población, que Fernández Albadalejo calcula para todo el siglo XVIII en un 30%, incluyendo intervalos de estancamiento.⁷ Para un gran excedente de esta explosión demográfica no había caseríos ni demanda de su mano de obra. La población desocupada, si no emigró a Nafarroa o Bizkaia, se dedicó en muchos casos al vagabundeo y la mendicidad, e incluso al robo y al contrabando; ocupaciones en continuo aumento a lo largo del siglo XVIII.

⁶ Aunque no hay estudios hechos para Gipuzkoa para aquella época, se supone que la línea general se parece a la de Bizkaia, estudiado por Fernández de Pinedo, *ibid.*, pp. 264-265.

⁷ Según su "Población calculada sobre las tasas rectificadas de natalidad", la población guipuzcoana aumentó de 94.785 en la primera década del siglo XVIII a 123.087 en la última década. El crecimiento es aún mayor si se excluyen las dos primeras décadas, época bélica con la guerra de sucesión española, la población de Gipuzkoa aumentaría así de unos 86.611 a dichos 123.087, es decir, en un 42%. Véase los datos en Fernández Albadalejo, *ibid.*, p. 220.



Un recurso tradicional de la población guipuzcoana se volvía cada vez más inaccesible, pues las ferrerías sufrían un largo proceso de agonía. De las 187 ferrerías que antaño había en 1625, quedaron unas 72 en 1752, cuyo número se redujo aún más hasta el de 64 ferrerías en 1789.⁸ Esto perjudicaba a los campesinos, puesto que muchos de ellos completaban sus actividades agropecuarias con trabajos secundarios en el laboreo del hierro, como bueyerizos, carboneros, etc. A los trabajadores de las ferrerías se los denominaba *matxines*, euskerización procedente del nombre del santo de los herreros, San Martín. Por la mucha gente que estaba relacionada con el trabajo en las ferrerías, se extendió el término **matxines** a todo el pueblo llano del campo. Esta denominación queda para siempre ligada a la de las revueltas populares del siglo XVIII, las **matxinadas**: La primera matxinada estalló en el año 1718. La causa directa fue la real orden de Felipe V, del 31 de agosto de 1717, del traslado de las aduanas del interior a la costa, que se hizo efectivo el 19 de marzo de 1718. Esta medida favorecía a los comerciantes y notables de las ciudades mientras que encareció la vida de la población, ya que las provincias vascongadas tenían que importar del extranjero artículos de primera necesidad, a los que ahora había que pagar aranceles. El ambiente estaba tenso, y a principios de septiembre estalló el motín en Bizkaia, cuando campesinos armados bajaron a Bilbo y otros puertos marítimos pidiendo la supresión del traslado aduanero, saqueando y quemando varias casas de notables, e incluso matando a tres de éstos.

Pronto se aplacó el conflicto en Bizkaia con la aceptación de ciertas proposiciones populares por parte del corregidor, pero, al mismo tiempo, el motín se extendió a Gipuzkoa en los primeros días

⁸ Este número se mantuvo entonces hasta la primera guerra carlista. Los datos proceden de Fernández Albadalejo, *ibid.*, pp. 60 y 247. No obstante, estos datos no permiten sacar conclusiones más trascendentes, pues no se conoce la productividad de las ferrerías ni el número de ellas que efectivamente estaba en funcionamiento en las respectivas épocas.



de octubre. Aquí fue menos violento que en Bizkaia, y se limitó, sobre todo, a la zona del Alto Deba, con su centro en Bergara y en el valle de Léniz. Hubo estallidos violentos en Leintz-Salinas, Aretxabaleta, Arrasate-Mondragón, Elgeta, Mutriku y Bergara, donde también fueron saqueadas y quemadas algunas casas de notables; y brotaron efímeras reacciones de descontento en otras zonas de la provincia; así en Deba, Elgoibar, Oiartzun y Segura. Los sublevados de Bergara intentaron, incluso, armarse:

"...tienen ánimo de bajar a Placencia, a surtirse, y apoderarse de aquellas Armas y Pólvora"⁹

Pero, también en Gipuzkoa se apagó pronto el fuego de la rebelión y luego vino la represión que fue, a diferencia de la vizcaína, relativamente suave.

"No se puede dudar", en palabras de Alfonso de Otazu, "del carácter popular que tuvo la primera matxinada en el País; que en Vizcaya fueron los aldeanos los que se enfrentaron a los propietarios que vivían en Bilbao; o, que en Guipúzcoa la clase de propietarios fue la que sufrió las iras populares"¹⁰.

Lo que en el fondo revela esta primera matxinada es el enfrentamiento social de los campesinos contra la clase dominante, provocado por el traslado de las aduanas y el consiguiente encarecimiento de la vida, en una situación de crecientes tensiones sociales y miseria en el campo.

Las aduanas siguieron en la costa hasta que un real decreto de 1722

⁹ Archivo General de Guipúzcoa (A.G.G.), sección 1ª, negociado 6, legajo 21, año 1718; citado en Alfonso de Otazu y Llana, **El "igualitarismo" vasco: mito y realidad**, Donostia: Txertoa, 1986, p. 249.



las trasladó de nuevo al interior; pero no fue hasta finales de 1727 cuando se firmaron nuevas capitulaciones aduaneras entre Felipe V y la provincia de Gipuzkoa. En estos años, en los que los guipuzcoanos carecieron de un sistema arancelario definido, aumentó tanto la actividad contrabandista, que el producto de las aduanas decreció considerablemente, en vez de subir.¹¹

No sólo el contrabando iba en aumento, sino también otras formas irregulares de la vida, como los robos y la mendicidad. En la primera mitad del siglo XVIII se constata, por las autoridades, un aumento de "vagabundos y gente de mal vivir", que les alarma. Probablemente, los acontecimientos de 1718 les hicieron precavidos ante las "muchas familias" que entonces andaban...

"... desamparando sus casas, saliendo a pedir y suzediéndose muchas muertes, robos de los sagrados templos y otras molestias..."¹²

En Gipuzkoa se vivía entonces una situación preburguesa en muchos aspectos. Estaban aumentando las diferencias entre las clases sociales y comenzó a desaparecer el tradicional **paternalismo** interclasista que, más teórica que prácticamente regulaba las relaciones. Crecieron las tensiones entre las clases sociales y la disposición de las clases populares a rebelarse. Esta predisposición no estaba limitada a asuntos tan graves como el traslado de las aduanas que causó el estallido de la matxinada de 1718; hay noticias de que en 1729, cuando las aduanas ya estaban restablecidas en el interior, se temía en Azpeitia "otra machinada",¹³ recordando todavía con horror la de 1718. En 1738, otra vez en

¹⁰ Otazu, **ibid.**, p. 253.

¹¹ Rafael Olaechea, **El centralismo borbónico, y las crisis sociales del siglo XVIII en el País Vasco**, en: **Historia del Pueblo Vasco**: 2, Donostia: Erein, 1979, pp. 207-208.

¹² A. G. G., sección 1ª, neg. 10, leg. 66, año 1698; citado por Fernández Albadalejo, **ibid.**, p. 96

¹³ Véase la relación de los sucesos en Otazu, **ibid.**, p. 256.



Azpeitia, se produjeron nuevos disturbios, debidos, esta vez, a la carestía de la vida.

Un tumulto de mayor entidad ocurrió en Bergara y sus alrededores en el año 1755; el llamado **motín de la carne**, motivado por la prohibición de exportar ganado a Araba y Castilla. Hombres armados se lanzaron a las calles, quejándose públicamente de la política de los gobernantes. La clase dominante, por su parte, no había olvidado la matxinada de 1718 y temía una nueva sedición. Pero pronto se calmó el ambiente, y las tropas enviadas no tuvieron ocasión de intervenir. Es interesante la observación de que este conflicto tuvo lugar en la misma zona guipuzcoana que estaba afectada por la matxinada de 1718.

El mecanismo de estas llamadas **crisis de subsistencias** era muy simple. Como consecuencia de la explosión demográfica de principios de siglo, existió un incremento muy notable de la demanda, especialmente de grano; de esta forma, cuando había una mala cosecha, o una epidemia se extendía sobre el ganado, se producían períodos de carestía que, automáticamente, provocaban las especulaciones de quienes poseían los productos, y las consiguientes subidas de los precios. Esto, a su vez, provocaba el descontento popular que, en la mayoría de los casos, se expresaba en forma de revuelta. Fue en 1766, cuando un conflicto de verdadera envergadura sacudió la provincia de Gipuzkoa: **la matxinada de 1766**. Esta importante revuelta está marcada dentro del conjunto de motines que tuvieron lugar en toda España, iniciados el 23 de marzo de 1766 causa del motín contra Esquilache. El estallido de éste estimuló a los demás tumultos por el ambiente de protesta y sedición que creó. Dentro de este contexto, la matxinada de 1766 tuvo su propio carácter como típico motín de subsistencia, originado por la carestía de los precios de los granos, y por la práctica de los acaparadores y revendedores de sacar grano fuera de la provincia, aunque allí escaseaba, con el fin de venderlo en



otra parte al mayor precio posible.

La cosecha de 1765 había sido desastrosa y ante la presión de los terratenientes y almacenistas se había promulgado el 10 de julio de 1765 la pragmática sobre el comercio libre de granos. Con esto se había acabado la antigua práctica paternalista de protección a los consumidores y se daba paso a los principios de librecambismo. Este modelo ofreció, en palabras de Olaechea:

" ... pingües perspectivas de especulación a los grandes propietarios, a los perceptores de rentas, a los diezmeros, los acaparadores de granos y los prestamistas, pero fue un duro golpe para los pequeños propietarios, los campesinos y, en general, los consumidores, todo lo cual vino a recrudecer una atmósfera de tensión ya existente"¹⁴

En este ambiente estalló el conflicto en Azkoitia, el 13 de abril de 1766, ante los intentos de sacar granos de la villa. El conflicto se trasladó inmediatamente a Azpeitia, y durante los días siguientes, a Deba, Mutriku, Ataun, Elgoibar, Eibar, Getaria, Irun, Hernani, Arrasate-Mondragón, Soraluze-Placencia, Ordizia, Zarautz, Beasain, etc. Muchos pueblos por toda la provincia de Gipuzkoa, y algunos pueblos de la zona colindante de Bizkaia (Ondarroa, Markina, etc.) estaban afectados. El centro de la revuelta volvió a ser, al igual que en 1718 y en 1755, la zona del río Deba, más desarrollada en aquel entonces que el resto del interior de la provincia, y, por consiguiente, más afectada por la crisis económica y social. Los amotinados se apoderaron de la fábrica de armas de Soraluze-Placencia haciéndose dueños de la zona durante 15 días. Recorrieron los pueblos sublevando a la gente, registraban los graneros, derribaban puertas, sacaban de sus casas a curas y notables,

¹⁴ Olaechea, *ibid.*, p. 213.



quemaban las ordenanzas municipales y dictaban otras. Las reivindicaciones planteadas en los pueblos eran básicamente las mismas: la primera de todas era, naturalmente, que bajaran los precios del cereal y que no se sacara grano de la cosecha de la villa. A estas reivindicaciones centrales se añadían en cada lugar las que juzgaban pertinentes, ofreciendo así el cuadro completo del descontento popular. Hay una larga lista de exigencias, sobre todo al clero, muchas veces con un tono moralizante. Los agravios se dirigían sobre todo contra el clero y los poderosos. Estos estaban realmente asustados ante el giro de los acontecimientos y en los ayuntamientos firmaban por la fuerza concediendo todo lo que se les pedía. La relación del Dr. Camino narra los acontecimientos así:

"Hasta este tiempo cometieron enormes excesos la gentualla y plebe tumultuosa de Elgoibar, Deba, y Motrico, la cual, en número de más de ochocientos hombres armados con fusiles, bayoneta calada y palos, entrando en dicha villa de Motrico, obligó malamente a su Ayuntamiento y cabildo eclesiástico a otorgar unas capitulaciones conformes a su desarreglado antojo, ...bajando el precio de los granos..."¹⁵

Los sublevados marcharon hacia Bergara, pero no consiguieron entrar en la villa, que aún estaba controlada por la oligarquía. Con este fracaso, enseguida finalizó la revuelta, y los sublevados se dispersaron. Desde Donostia se enviaron 300 soldados y más de mil paisanos armados para la represión de la revuelta, pero al llegar a Azpeitia y a Azkoitia el 24 de abril, ya no fue necesaria su intervención. No obstante, la expedición volvió a Donostia con 70 detenidos que posteriormente fueron condenados a diversas penas,

¹⁵ Joaquín-Antonio de Camino y Orella, **Historia civil, diplomática, eclesiástica, antigua y moderna de la ciudad de San Sebastián**, Madrid, 1923, pp. 314-315.



aunque no se dictó ninguna pena de muerte. La diputación de Gipuzkoa anuló todas las medidas que los amotinados habían logrado implantar por la fuerza y se volvió a la libertad en el comercio de granos.

La matxinada de 1766 fue el resultado de un profundo malestar social y económico; sin embargo, fue un fenómeno coyuntural. Los historiadores coinciden en calificar este tipo de revueltas como **motines de subsistencias**, genuinamente populares, destacando su carácter rural y su transmisión en cadena de unos lugares a otros. También queda fuera de duda el carácter de **lucha de clase** de los campesinos empobrecidos y proletarizados, contra una clase dominante que se estaba enriqueciendo a costa de ellos.

Comparando ésta con otras revueltas campesinas del siglo XVIII destaca, por un lado, el aumento de la conflictividad: la matxinada de 1766 fue más violenta que la de 1718. Por otro lado, no se puede pasar por alto, en el sentido del presente trabajo, cómo los campesinos sublevados empezaron a organizar sus revueltas: llama la atención, como estos elementos populares descontrolados se adueñaron de los pueblos por la fuerza, quemando las ordenanzas municipales y dictando otras, con la conciencia de hacer justicia, afirmando, incluso, su fidelidad al rey. El pueblo empezó a tomar parte, como protagonista, en las luchas políticas de finales del Antiguo Régimen.

La matxinada marca un hito para una nueva etapa de la historia de Euskal Herria, que, pasando por varios conflictos bélicos, culminaría en el estallido de la primera guerra carlista, en 1833.

La crítica situación de Gipuzkoa no mejoró en el último tercio del siglo XVIII; al contrario: restricciones comerciales de parte del Estado español estrangulaban al comercio guipuzcoano. Se imponían prohibiciones y recargos de productos que entraron en



Gipuzkoa, y las mismas mercancías guipuzcoanas fueron tratadas como extranjeras a la entrada de Castilla, pagando aranceles. En la nueva situación competitiva, los productos guipuzcoanos elaborados en ferrerías e industrias anticuadas salieron perdiendo. Esto agravó aún más la crisis de las ferrerías y el empobrecimiento de la población artesana, como también de la rural, cuyos ingresos de servicios eventuales para las ferrerías se reducían.

Al mismo tiempo, la agricultura manifestó síntomas de una crisis profunda. Se sucedieron las malas cosechas, y la producción del trigo y del maíz descendió considerablemente.¹⁶ Mientras, la población no dejó de crecer, y los precios iban en aumento. En estas dificultades económicas, muchos campesinos, agobiados por los intereses de los préstamos, se vieron obligados a vender sus tierras y convertirse en inquilinos de sus antiguas propiedades. El proceso de acumulación de la tierra se aceleró, por consiguiente, en el último tercio del siglo XVIII.

La superpoblación y el empobrecimiento de la población rural condujeron a una fuerte conflictividad social; a causa de esto, aumentó considerablemente el número de mendigos, ladrones, contrabandistas y bandoleros; en 1805, por ejemplo, por lo menos un 15% de la población guipuzcoana estaba condenado a una vida errante en búsqueda de la subsistencia; y esta situación tendía a agravarse.¹⁷

Testigos de la época hablan de una gran inseguridad en el campo y la existencia de grupos organizados de bandoleros. El territorio guipuzcoano era muy propicio para el desarrollo del bandidaje, en virtud de su orografía montañosa. Además, el poblamiento disperso

¹⁶ Según los estudios de Fernández Albadalejo, **ibid.**, p. 200, desde el último tercio del siglo XVIII hasta el final de la guerra de la Independencia, la producción de trigo y de maíz descendió en un 20,59 % y en un 12,26 %, respectivamente.

¹⁷ Fernández Albadalejo, **ibid.**, p. 227.



facilitaba los robos. Perspectivas de un buen pillaje ofrecía especialmente el camino real, cuyo verdadero punto neurálgico era el Puerto de Deskarga. Hay que diferenciar dos tipos de bandidaje: el asalto a gran escala, practicado por las **cuadrillas**, y el robo cometido por ladrones que no estaban organizados. El número medio de componentes de una cuadrilla era de cuatro a seis individuos, aunque las había en número de diez y más; estaban mandados, generalmente, por un jefe indiscutible. En la coyuntura de crisis y guerras de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, estas cuadrillas conocieron su apogeo.

En el campo tampoco cesaron los conflictos locales entre el campesinado y los notables, pero se limitaron en el último tercio del siglo XVIII a alborotos puramente locales. En Bizkaia, en 1804, tuvo lugar otra importante matxinada: la **zamacolada**; que no está tratada aquí por hallarse fuera del marco del presente trabajo. Pero antes, otro conflicto de primordial importancia había sacudido Euskal Herria, y especialmente Gipuzkoa: la **guerra de la Convención**, de 1793 a 1795, de la que trata el siguiente capítulo.



3. ENSAYO DE RESISTENCIA POPULAR EN LA GUERRA DE LA CONVENCION

Cuando las noticias de la Revolución Francesa llegaron a España, la reacción fue el establecimiento de un **cordón sanitario** en la frontera para impedir la penetración de las ideas revolucionarias en el país; esto era particularmente difícil en Euskal Herria, cuyas provincias se extienden por los dos lados de la frontera franco-española, con las consiguientes interrelaciones. El rechazo a la revolución, por parte de las autoridades, se convirtió en hostilidad cuando el 21 de enero de 1793 fue guillotinado Luis XVI. España preparaba la guerra, pero Francia se adelantó al declararla el 7 de marzo. Al principio, la campaña bélica fue favorable para España, cuyas tropas entraron en territorio francés, en el Roselló por el frente catalán, y en Lapurdi por el vasco. Estos éxitos españoles fueron, no obstante, efímeros, y en Euskal Herria pronto se restablecieron las posiciones a lo largo de la frontera, con dos ejércitos, en ambos lados, a la espera.

A partir del 23 de julio de 1794 atacaron las tropas francesas irresistiblemente por el valle de Baztán, penetrando en Nafarroa y Gipuzkoa. El 2 de agosto cayó la plaza fuerte de Hondarribia y los franceses avanzaron hacia Donostia, que desistió a toda resistencia y se rindió el día 4 de agosto. Lo que quedaba del ejército español se retiró a Tolosa, pero, después de un fulminante ataque francés, el 9 de agosto se tuvo que replegar aún más hacia Lekunberri en dirección a Nafarroa y hacia Zumarraga, Bergara y Ermua en dirección a Bizkaia y Araba. Las capitales Donostia y Tolosa, la cuenca del río Oria, y buena parte de la costa quedaron ocupadas por los franceses.

La acción militar española había fracasado completamente; era imposible triunfar con un ejército de 20.000 hombres mal



organizados y con escasa motivación contra más de 50.000 franceses disciplinados y bien armados. La provincia de Gipuzkoa había contribuido a las fuerzas españolas con el ejército foral de 4.600 hombres, formados en tercios. Las juntas de Errenteria de 1793 crearon, además, un batallón especializado de 750 voluntarios bajo la dirección de los comandantes Juan Carlos Areizaga y Gabriel Mendizábal.

Surgieron críticas por la actitud de los guipuzcoanos de no incorporarse plenamente en el ejército español. Se subordinaron al mando superior del general en jefe, pero querían ser inmediatamente dirigidos por jefes naturales del país. El punto de fricción entre las autoridades militares españolas, sobre todo el entonces general en jefe Ventura Caro, y los tercios guipuzcoanos, fue la negativa de éstos a seguir al ejército español a territorio francés, por ser opuesto a lo establecido en los fueros. Esta actitud llegó al extremo, cuando una tropa de naturales de Hernani dio marcha atrás, en diciembre de 1793, al darse cuenta de que habían entrado en territorio navarro.¹⁸

A estos reproches a la actitud bélica de los guipuzcoanos se unieron luego los más gravosos de la infidelidad de la provincia: la ciudad de Donostia, plaza militar de prestigio en otras guerras, se había rendido sin presentar combate ni resistencia. Entonces, la **Diputación extraordinaria o a guerra** foral, trasladada antes del avance francés a Getaria, entró desde el mismo día 4 de agosto en negociaciones con los franceses, exponiendo pronto sus objetivos fundamentales: intangibilidad de la religión católica y de los fueros, y, sobre todo, la independencia de la provincia "como lo fue hasta el año 1200"¹⁹ ofreciendo el fin de las hostilidades, la neutralidad de

¹⁸ Fausto Arocena narra el episodio en **Brumas de nuestra historia**, Donostia: Biblioteca Vascongada de los Amigos del País, 1952, pp. 90-91.

¹⁹ Véase en Fermín de Lasala Collado, Duque de Mandas, **La separación de Guipúzcoa y la Paz de Basilea**, Madrid, 1895, p. 152.



la provincia, y la amistad con los franceses. La diputación convocó Juntas Generales en Getaria, que iniciaron sus sesiones el 14 de agosto, con la participación de 43 pueblos. Dos días más tarde estaba preparado el documento que contenía las propuestas de la provincia de Gipuzkoa; los objetivos se parecían a los que días antes había expuesto la diputación, pero, con el fin de volver a unificar la provincia, sólo parcialmente ocupada por los franceses, la provincia se dispuso a ayudar al ejército francés "con los socorros que han acostumbrado dar al ejército español" (artículo 30).²⁰

La actitud de la diputación y de las juntas fue sumamente errónea; los franceses no estaban dispuestos a negociar las propuestas guipuzcoanas, pues las consideraban más bien acciones para ganar tiempo. Después de una especie de ultimatum, del día 19 de agosto, las autoridades francesas declararon el 23 de agosto: "La provincia de Guipúzcoa será regida como país conquistado".²¹ Tres días más tarde los junteros de Getaria fueron detenidos y trasladados a Baiona.

Las consecuencias de este episodio, comúnmente llamado **La separación de Gipuzkoa**, las describe Pablo Fernández Albadalejo en lúcidas palabras:

"... los acontecimientos ocurridos en 1794 marcaron una nueva etapa en las relaciones entre Estado y Provincia. Aquel inició entonces, sin pararse en distinciones, un sistemático ataque no ya contra Guipúzcoa, sino contra las tres provincias forales en su totalidad. Semejante actitud difería sensiblemente del anterior revisionismo arancelario, dado que lo que se pretendía no era ya introducir

²⁰ **Ibid.**, p. 159.

²¹ **Ibid.**, p. 181.



modificaciones localizadas, sino hacer saltar el sistema foral en su totalidad. Esta ofensiva estuvo presidida por don Manuel de Godoy, que centró su ataque sobre tres objetivos primordiales: establecer una mayor vigilancia sobre las instituciones claves de la Provincia, aprovechar el más mínimo resquicio en orden a fomentar la desunión interior y construir, apoyada en el mayor número de pruebas posibles, una historia de las Provincias Vascongadas que redujesen al nivel de quimera los supuestos históricos que fundamentaban el sistema foral".²²

Los posteriores ataques de los representantes del Estado español se dirigieron contra la provincia de Gipuzkoa en su totalidad, contra sus representantes y contra el pueblo, como culpables de tal situación. La realidad era, por otro lado, bien distinta. La actitud de la diputación y de las juntas no representaban, ni mucho menos, al pueblo guipuzcoano. El principal artífice de estas maniobras, con el fin de la separación de Castilla, fue la burguesía donostiarra. Los comerciantes, el grupo hegemónico en la ciudad, eran afines a los principios de la Revolución Francesa. En su actitud no hay que ver un afán de separatismo, sino más bien el profundo descontento de un grupo hegemónico al cual el estado estaba ahogando con su restrictiva política económica y arancelaria.

Ni siquiera era toda la provincia la que secundaba los planes del grupo dominante en las negociaciones de Getaria. Con el derrumbamiento de la defensa española y su retirada-huida por Tolosa hacia el interior, se ordenó el 4 de agosto el levantamiento general, **padre por hijo**, según la antigua fórmula guipuzcoana. Los pueblos no ocupados acudieron inmediatamente al llamamiento.

²² Fernández Albadalejo, *ibid.*, pp. 339-340.



Conocemos el caso de Oñati: Ignacio Zumalde informa de 777 alistados,²³ pero en el Archivo Municipal se encuentra una "Lista que forma esta villa de Oñate para que sus naturales levanten las armas contra la nación Francesa desde la edad de diez y ocho años hasta los sesenta en seis de agosto de 1794"²⁴ que revela el alistamiento de unos 1186 individuos. Las fuerzas de paisanos, resultado del levantamiento general, eran capaces de detener el avance francés; y la provincia quedó militarmente dividida. La cuenca del río Urola se convirtió en tierra de nadie, en **hinterland** entre dos frentes apostados uno en la cuenca del Oría, y otro en la del Deba.

En castigo por la resistencia guipuzcoana, los franceses enviaron, en el mismo mes de agosto, dos expediciones tierra adentro hasta los primeros pueblos de Bizkaia. Azpeitia, Azkoitia, Eibar y Ermua fueron los pueblos más castigados por una horda salvaje de 200 franceses, mientras que Deba, Ondarroa y Berriatua lo fueron por otro pelotón francés incontrolado. El pueblo más sacrificado fue, sin duda, Eibar (29 de agosto), con 116 casas quemadas y varios vecinos ejecutados.

Lo cierto es que estas acciones francesas sólo aumentaron el odio de los guipuzcoanos, y acabaron por mentalizar a la población de la necesidad de una defensa solidaria. Si además, a los casos de rapiña y de arbitrariedad se sumaban las ofensas a la religión, el espíritu popular recibía la razón motivadora para la lucha más eficaz. Cuando se comprobó la prisa de los franceses por inventariar para mejor confiscar las riquezas del santuario de Loyola, la indignación del pueblo guipuzcoano llegó al colmo.²⁵

²³ Ignacio Zumalde, **Historia de Oñate**, Donostia: Diputación de Guipúzcoa, 1957, p. 570.

²⁴ Listas en 23 folios (46 pp.), en el Archivo Municipal de Oñati, sección E, serie V., neg. 2, sign. 723, exp. 26.

²⁵ Menos mal que con precaución, las autoridades provinciales habían puesto a salvo tanto la imagen de plata del santo, cuanto el precioso relicario con el dedo del santo.



En el ambiente de movilización general contra el invasor, grupos de voluntarios guipuzcoanos ocuparon las alturas a lo largo de las vías de comunicación y "acá y allá comenzaron los guipuzcoanos a atacar al francés"²⁶ como relató el historiador euskaldun Juan Ignacio Iztueta. Al frente de los voluntarios se pusieron caudillos espontáneos, y nuevos combatientes se ofrecieron procedentes de toda la provincia, también de la zona ocupada. No faltaban episodios anecdóticos, como el del sacerdote de Beizama que, revestido con los ornamentos sagrados y con el pendón de la Virgen del Rosario en su mano, cantaba las letanías al frente de 500 paisanos, y se enfrentaba al enemigo, mientras que éste entonaba la Marsellesa.²⁷

Todo un pueblo se levantó en armas: la guerra popular contra los invasores franceses, en defensa de la religión y de la integridad del territorio español, se ensayó en la guerra de la Convención. Se estrenó una defensa solidaria con métodos de imaginación y espontaneidad que debieron haber servido de modelo a la guerrilla de la guerra de la Independencia, catorce años más tarde. Esta defensa popular dificultaba el avance de las tropas francesas, y les preocupaba a sus autoridades: en marzo de 1793, el general en jefe del ejército francés de los Pirineos Occidentales Moncey envió una memoria al Comité de Salvación Pública en París, en la que, entre otras cosas, solicitaba diversas medidas políticas para restablecer la tranquilidad en la provincia, exponiendo:

"La fuerza de la armada en este lugar reside en la reunión de un gran número de campesinos

²⁶ Original en euskera: "... Guipuzcoa tarrac modu onetan Francesari erasotzen or emen quisqui casca así ciradenean,... ": en: Juan Ignacio Iztueta, **Historia de Guipúzcoa: Guipuzcoaco Condaira**: edición facsimil de la primera y única edición realizada en vascuence en 1847 y por vez primera vertida ahora al castellano: versión, prólogo y notas de José Lasa Apalategui, Bilbo: Editorial la Gran Enciclopedia Vasca 1975 (Cosas Memorables o Historia General de Guipúzcoa, vol. VII.), p. 397 (euskera) V p. 701 (traducción al castellano).

²⁷ Episodio narrado por Lasala, **ibid.**, p. 193.



*vizcaínos (inclusive guipuzcoanos) y alaveses armados. Lo exiguo de las tropas de línea en esta frontera no nos inquieta; no son sino los campesinos, quienes conociendo las montañas donde nacieron y jamás combatiendo en orden, caen sobre nosotros con tal rapidez y escapan del mismo modo sin que podamos darles alcance. Este es el enemigo temible, esta es la fuerza que nos inquieta*²⁸.

La provincia quedó militarmente dividida desde la invasión francesa a mediados de 1794 casi hasta el final de la guerra un año más tarde. También políticamente estuvo dividida y la resistencia fue organizada por una diputación y junta nuevas que remplazaron a las de Getaria. Después de la disolución de éstas se convocó a junta particular en Arrasate-Mondragón para el 1º de septiembre de 1794. Fue la Gipuzkoa de la resistencia la que se apropió de la representatividad al declarar como no existente a la Junta de Getaria. La nueva junta se reunió desde el 1º hasta el 13 de septiembre y acudieron a ella los representantes de las 18 villas no ocupadas: Leintz-Salinas, Elgeta, Eskoriatza, Aretxabaleta, Elgoibar, Antzuola, Urretxu, Itsaso, Zumarraga, Ezkioga, Gabiria, Arrasate-

²⁸ Original en francés: (...) Je n'en peux douter, la force de l'armée espagnole dans cette partie est dans la réunion d'une quantité immense des paysans biscayens et alavayens armées. Le peu de troupes de ligne sur cette frontière est peu à redouter, ce n'est que les paysans qui connaissant les montagnes qui leur ont donné naissance qui ne combattent jamais avec ordre, qui tombent sur nous avec une rapidité et qui s'échappent de même sans que nous puissions les atteindre. C'est la l'ennemy à craindre, c'est la force à redouter. (...)", citado de la memoria del general en jefe del Ejército de los Pirineos Occidentales Monçey al Comité de Salvación Pública, enviada a través del representante del pueblo Chaudron-Rousseau, sin fecha, transmitida por Chaudron-Rousseau el 28 de marzo de 1795; documento en: Archive Ministère des Affaires Etrangères (Paris), Espagne: Correspondance Politique, 637, folios 121-124; citado original en Joseba Marla Goñi Galarraga, **Imagen política del País Vasco en algunos documentos franceses de la guerra de la Convención (1793-1795)**, en: **Historia del País Vasco (siglo XVIII)**, Bilbo: Universidad de Deusto, 1985, p. 275; traducción al castellano anteriormente publicada por el mismo Goñi, "Guipúzcoa en la paz de Basilea (1795)", en: **Homenaje a J. Ignacio Tellechea Idígoras, II, Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián**, 16-17 (II) (1982-1983), p. 793.



Mondragón, Bergara, Segura, Zegama, Legazpia y Ormaiztegi, junto a Oñati, que entonces no formaba parte de la provincia de Gipuzkoa. Había que organizar la defensa, apoyada en el ejército real, los tercios vizcaínos y los voluntarios guipuzcoanos; había que enrolar nuevas fuerzas de voluntarios, y se solicitó la ayuda de Araba y Bizkaia. Buscando los imprescindibles recursos económicos, se acudía a la Iglesia y a sus bienes.

Por otra parte, la junta de Arrasate-Mondragón se dirigió al rey asegurándole su fidelidad, su decidido afán de lucha y el castigo de los responsables de la anterior situación. Finalmente, se nombró la nueva **Diputación a guerra**. La situación militar se estancó en otoño de 1794. Los franceses fracasaron en su intento de apoderarse de Pamplona-Iruñea, y finalmente, ante el inminente invierno, decidieron retirarse a los puntos alcanzados tras la ofensiva de agosto. Para proteger esta retirada ante eventuales ataques de sus enemigos, las tropas francesas emprendieron un ataque diversivo hacia la zona del Alto Deba. El 28 de noviembre cayó Bergara en manos francesas. La diputación ya se había retirado, ante el avance francés, hacia Vitoria-Gasteiz. Pero unos días más tarde, el 2 de diciembre, las tropas de voluntarios guipuzcoanos mandadas por Gabriel Mendizábal lograron expulsar a los franceses de Bergara. Esto permitía a la diputación volver a Gipuzkoa, lo que hizo el 19 de diciembre, instalándose en Leintz-Salinas.

Hasta mediados del año siguiente la situación militar en Gipuzkoa no cambió esencialmente. Para el tradicional día 2 de julio la diputación convocó nueva junta en Leintz-Salinas; se celebró la junta y nombró una nueva diputación. Pero, como los franceses reanudaron el avance ocupando Arrasate-Mondragón el 16 de julio, la diputación huyó a Briviesca, donde permaneció hasta el final de la guerra, ya que los franceses avanzaron hasta Miranda. El 22 de julio, el Tratado de Basilea puso fin a la guerra, lo cual no se hizo público hasta mediados de agosto. Los últimos franceses salieron de



Arrasate-Mondragón el 30 de agosto.

En un examen global, a nivel de toda España, la guerra de la Convención fue un claro antecedente de la guerra de la Independencia; tanto en las motivaciones emocionales e ideológicas, sobre todo por el aspecto de cruzada religiosa contra los invasores ateos, cuanto en cuestiones de táctica bélica. Encontrándose las tropas españolas en situación de inferioridad, el rechazo popular tomó pronto medidas de autodefensa. Sobre todo en Catalunya había una larga tradición de autodefensa popular con los miqueletes²⁹ y somatenes³⁰, que se volvieron a constituir para la defensa de su territorio. El rechazo espontáneo de la población hacia los franceses creó también, en todo el norte de España partidas de paisanos que no estaban legalizadas ni coordinadas por las instituciones. Estas partidas pueden ser consideradas como verdaderos precursores de la guerrilla en la guerra de la Independencia. Muchos de los que levantaron las armas contra las tropas de la Convención, lo volverían a hacer contra los soldados napoleónicos. Con estas consideraciones parece verosímil que la resistencia popular de los años 1794-95 sirviera de modelo catorce años más tarde. No obstante, la institucionalización de la guerrilla, a nivel estatal, tuvo lugar en la guerra de la Independencia, por lo que será tratada en el siguiente capítulo.

Llama la atención el aspecto de cruzada religiosa y, también, de **española** de la resistencia popular. Estas motivaciones prevalecieron ante los recelos seculares de los vascos y catalanes

²⁹ Unidades paramilitares en Catalunya que existían desde 1640, compuestas por voluntarios, y formadas en tiempos de crisis bélicas en apoyo de las tropas regulares. En 1796 se estableció en Gipuzkoa una partida con el mismo nombre **de miqueletes** para la persecución de ladrones y malhechores, en vista de la grave situación social que reinaba en el campo.

³⁰ Milicia popular catalana que se formaba espontáneamente, al sonido de la campana (So metent") con el fin de la persecución de malhechores o de la defensa contra agresores. El origen de esta institución estaba en la edad media; en 1716 Felipe V. prohibió su formación, pero la reacción popular contra los franceses dio nueva vida a esta antigua institución.



contra la dominación castellana. Se observa una **españolización** de los sentimientos de la población; también en este aspecto, la guerra de la Convención fue un claro antecedente de la guerra de la Independencia. Pero, mientras que en Catalunya la población se empeñó decididamente en una fervorosa lucha contra el invasor francés, la actitud en Euskal Herria, particularmente en Gipuzkoa, merece especial atención:

"La «reacción popular contra el invasor, en el País Vasco», se produce exactamente en los mismos lugares en que una crisis alimentaria muy dura había provocado, en 1766, un motin en cadena: (...) Ahora bien, la resistencia que se opone a los franceses, ladrones de almacenes de harina, toma la misma forma que en 1766 y coincide con una crisis del mismo tipo y en los mismos lugares. No digo que la resistencia a los franceses esté ligada exclusivamente a esta disputa en torno a las harinas. Pero el carácter rural y la forma espontánea que toma bruscamente la guerra, después de más de un año de indiferencia, tras la rendición de San Sebastián y durante las negociaciones de Getaria, nos animan a no desdeñar el aspecto coyuntural de una rebelión campesina que tal vez se habría alzado contra las autoridades del país si no hubiera existido la invasión francesa".³¹

Sin ir tan lejos, también Rafael Olaechea considera, hablando de las crisis político-sociales más relevantes del siglo XVIII, la matxinada de 1718, la crisis de la carne de 1755, Y la segunda matxinada de 1766:



"Todavía hubo, a mi juicio , una cuarta crisis: la de 1793-95,..." ³²

Las suposiciones de Vilar son muy interesantes, pero no se aportan datos que las pueden confirmar. No obstante abre la cuestión del porqué hubo una fuerte reacción popular en el territorio no ocupado por los franceses -la zona del Alto Deba y las zonas colindantes-, mientras que en el territorio ocupado no hubo, por lo visto, un fuerte rechazo popular. Es posible, que la población de las zonas ocupadas no se sintiera tan molesta por la presencia de los franceses y se conformaran con ésta. Ignacio Vicente de Sarasti, vecino de Oiartzun y procurador de la villa, que incluso había sido prisionero de los franceses en Baiona, llegó pronto a la siguiente conclusión:

*"A la verdad no son los Franceses tan fieros como nos los pintaban; y exceptuando algunos de la soldadesca, que nos molestaban en los campos y casas con sus hurtillos, se han portado con honradez, y mucha humanidad con nosotros: (...)"*³³

Hay que hacer constar, que hacen falta documentos acerca de la actitud de la población en el territorio ocupado; un trabajo que está todavía por hacer.

Por otro lado, los sentimientos de la población de la zona no ocupada estaban influidos por la fuerte propaganda antifrancesa, manifiesta en los reproches al ateísmo francés frente al catolicismo

³¹ Pierre Vilar, **Ocupantes y ocupados: algunos aspectos de la ocupación y resistencia en España en 1794 y tiempos de Napoleón**, en: Pierre Vilar **Hidalgos, amotinados y guerrilleros: pueblos y poderes en la historia de España**, Barcelona: Crítica, 1982, pp. 185-186.

³² Olaechea, **ibid.**, p. 201

³³ Manuscrito de Ignacio Vicente de Sarasti, **Memoria de la revolución francesa y de la guerra de España por la parte de Navarra, y Guipúzcoa, en los años de 1793, 1794 Y 1795**, Oiartzun, 1795, 114 folios; cita del folio 91; se halla en la Biblioteca de la Diputación Foral de Gipuzkoa (B.D.F.G.), en Donostia, en el Fondo Julio de Urquijo (J.U.), sign. 8750,



español y vasco, y manifiesto en el ambiente de levantamiento general, para salvar la patria (¿cuál?) contra los franceses.

No obstante, considerando de nuevo la interesante observación de que el rechazo popular contra los franceses tuvo lugar más o menos en la misma zona que había sido el centro de la agitación social durante el siglo XVIII, culminando con las matxinadas, hay que tener también en cuenta, aparte de razones económico-sociales aún no comprobadas, que en esta zona había ya una tradición de levantamientos populares a lo largo del siglo. Hemos visto que la matxinada de 1766 mostraba ya un mayor grado organizativo de los sublevados; la guerra de la Convención fue el siguiente paso en el aumento de organización de la combatividad popular, lo que pronto culminaría con la guerrilla de la guerra de la Independencia.



4. LA GUERRILLA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

El 16 de octubre de 1807 cruzó el Bidasoa el **Primer cuerpo del ejército de observación de la Gironda**, para, durante dos meses y medio, dar paso a 78.102 soldados, 11.184 caballos y más de 100 cañones³⁴ destinados a la supuesta conquista de Portugal. Los municipios guipuzcoanos, a lo largo del camino real tenían que alojar y abastecer esta enorme masa de tropas. Por esto, Gipuzkoa fue una de las zonas donde primero aparecieron fricciones con los franceses. Estos mostraron pronto el deseo de respaldar su presencia en el país con la ocupación de plazas fuertes. Después de que ya se les hubiera entregado la fortaleza de Pamplona-Iruñea, a principios de marzo se entregó también Donostia a los franceses, "amigablemente", por supuesto, en su calidad de aliados. El general francés Thouvenot tomó entonces el mando militar de la provincia de Gipuzkoa. Más tarde, en virtud de un decreto imperial del 8 de febrero de 1810, Thouvenot se convirtió en gobernador de Vizcaya, provincia que se componía de las actuales Bizkaia, Gipuzkoa y Araba. Al mismo tiempo, se mantenían las autoridades locales, sobre todo las diputaciones.

Ya en el tiempo de la paulatina ocupación francesa, todavía bajo el signo de la amistad con Francia, surgieron las primeras guerrillas en España. Bien conocido es el caso de Juan Martín Díez **El Empecinado**, que ya en abril de 1808 atacaba correos franceses.

La chispa de la guerra fue el levantamiento del 2 de mayo de 1808 en Madrid. A las tropas "invencibles" de Napoleón se les opuso, no un ejército, sino un pueblo. La primera derrota de un ejército napo-

³⁴ Datos de Martín de Ugalde, **Nueva síntesis de la historia del País Vasco**, tomo I., Donostia: Elkar 1983, p. 502



leónico tampoco fue la batalla de Bailén (19 de julio de 1808), sino la batalla del Bruch, en la provincia de Barcelona, el 6 de junio, ganada por los somatenes, tropas de paisanos, de la zona de Manresa e Igualada.

Después del desastre de Bailén, las tropas francesas se tenían que retirar de la mayor parte de España y se replegaron, sobre todo, hacia la zona de Euskal Herria, mientras que al mismo tiempo los ejércitos españoles se colocaron en la línea del Ebro. Después de la victoria de Bailén, el ejército español había crecido mucho gracias al masivo alistamiento de voluntarios. Cuando a principios de noviembre de 1808, el mismo emperador Napoleón Bonaparte se puso al frente de su **Grande Armée** para reconquistar España, los ejércitos españoles, sin instrucción y mal equipados no pudieron resistir al avance francés. Los ejércitos franceses ganaron todas las batallas y las ciudades sitiadas, sobre todo Girona y Zaragoza, se vieron obligadas a rendirse.

En esta situación, en la que la guerra regular parecía inútil ante la superioridad de las tropas francesas, miles de españoles se organizaron en partidas de guerrillas; sobre todo soldados desertados o dispersos que encontraron en las partidas sus nuevas unidades. Otras motivaciones para unirse a la guerrilla eran patriotismo, religiosidad o venganza personal hacia los franceses. También podría ser un motivo la esperanza de un buen pillaje, y a causa de ello, muchos grupos de bandoleros y contrabandistas se convirtieron en partidas de guerrillas. Además, la vida del guerrillero, con una paga relativamente garantizada, ofrecía mejores condiciones para muchos que estaban condenados a vivir en la pobreza.

Después de la capitulación de Zaragoza, a principios de 1809, el número de guerrilleros aumentó considerablemente. También la unidad guerrillera más famosa, el **Curso Terrestre** de Javier Mina **El**



Mozo (o **El Estudiante**) se formó entonces. Este grupo pasó en marzo de 1810, después de la captura de Javier Mina por los franceses, a ser mandado por su tío Francisco Espoz y Mina. Este reorganizó su tropa y la llevó con la denominación **División de Navarra** a ser la mayor y más eficaz tropa guerrillera de la guerra de la Independencia.

La desastrosa derrota del ejército español en la batalla de Ocaña, el 19 de noviembre de 1809, significó el fin de las esperanzas españolas de conseguir la victoria con un ejército regular. La actividad guerrillera alcanzó desde este momento hasta finales de 1812, su apogeo. Se estima en este tiempo que existía un número aproximado de 50.000 guerrilleros.³⁵ Hubo partidas en toda España, pero sobre todo en las zonas montañosas y a lo largo de las vías de comunicación, de las cuales el camino real por Gipuzkoa formaba parte de la más importante.

Una de las condiciones para la aplicación de la táctica guerrillera es la inferioridad frente al enemigo, que posee un fuerte ejército regular. Para compensar esta desventaja hay que recurrir a otros medios, que son: la permanente disposición de los guerrilleros a presentar combate, el perfecto conocimiento del terreno, y el apoyo de la mayor parte de la población. Así, la población civil estaría dispuesta a asumir ciertos servicios militares, como el abastecimiento de las tropas guerrilleras, la transmisión de informaciones, la curación de los heridos, etc.

La inferioridad frente al ejército regular no permite, en principio, mantener posiciones estratégicas; por esto, la guerrilla renuncia al

³⁵ Según los cálculos de los historiadores ingleses de la época Clarke y Napier, comentados en José Canga Argüelles, **Observaciones sobre la historia de la guerra de España que escribieron los señores Clarke, Southey, Londonberry y Napier, publicada en Londres el año de 1829**, tomo 1, Madrid 1833, p. 186 (en lo que se refiere a Napier) y p. 253 (Clarke); Canga Argüelles parecía estar de acuerdo con estos cálculos.



dominio territorial y se limita a una estrategia de objetivos limitados. Sólo se llevan a cabo acciones bélicas cuyo resultado debería ser victorioso, como ataques a correos, vanguardias o retaguardias, o, incluso, a pequeños destacamentos militares.

El perfecto conocimiento del terreno, desconocido, por otro lado, para el enemigo, permite la rápida concentración de las tropas guerrilleras, el ataque por sorpresa, y la rápida disolución de las tropas. Premisas de los ataques guerrilleros son, frente a la inferioridad numérica de los combatientes, que haya el menor número posible de pérdidas humanas, y que sólo se ataque cuando la victoria sea segura.

La guerra de guerrillas es una guerra de un ejército regular contra un enemigo "invisible". Las tropas regulares pueden ser atacadas en cualquier momento, mientras que éstas no tienen la posibilidad de atacar. En el caso de un ataque guerrillero, no obstante, la derrota es casi segura. La eficaz aplicación de la táctica guerrillera lleva a una situación de desgaste económico, humano (por el gran número de muertos) y moral de las tropas regulares.

En la guerra de la Independencia se cumplían todas estas características de la guerra de guerrillas. Los franceses se sentían totalmente inseguros y reaccionaron con fuertes represalias contra los guerrilleros y contra la población civil que los apoyaba. Esto llevó a un recrudecimiento de la violencia en ambos lados, con el resultado de un odio irreconciliable de la población española hacia los franceses. La guerra de la Independencia se convirtió, con esto, en la primera **guerra total** de la historia contemporánea.

La guerra de la Independencia fue una guerra revolucionaria; por un lado, porque las diferencias de clases sociales fueron superadas en las guerrillas; y por otro lado, porque los que llevaron a cabo la revolución burguesa, en las instituciones gubernamentales y en las



Cortes de Cádiz, apoyaron, e, incluso dirigieron la guerra de guerrillas desde su inicio. Ya el 6 de junio de 1808, después de las primeras experiencias bélicas, la Junta Central de Sevilla declaró que se debía combatir a los franceses con todos los medios posibles. Este llamamiento a la resistencia popular lo resume el historiador militar Horta Rodríguez así:

*"... acometer a los contrarios por medio de partidas sueltas; no dejarles descansar un momento; estar siempre sobre sus flancos y retaguardia; fatigarlos con el hambre, interceptando sus convoyes y destruyendo sus almacenes; cortarles toda comunicación entre Portugal y España y entre España y Francia; atrincherar todos los puntos que por su naturaleza sean fuertes, y aprovechar, en fin, todos los accidentes que en su terreno ofrece la Península..."*³⁶

Como los franceses se retiraron, después de la batalla de Bailén, se redujo, de momento, la actividad guerrillera.

Pero, cuando, en noviembre de 1808, España fue invadida por la **Grande Armée** napoleónica, se promulgó directamente el primer **reglamento** para la organización de la guerra de guerrillas. La **Junta Central** de Sevilla había reconocido muy pronto lo ventajoso que eran las tropas irregulares; pero, al mismo tiempo consideraba necesario poner orden en esta lucha desorganizada: Así, había que evitar abusos de los guerrilleros contra la población civil; las partidas debían ser controladas, dándoles una eficaz organización militar, sin quitarles su carácter espontáneo; también había que evitar que desertores del ejército regular español pasaran a las

³⁶ Nicolás Horta Rodríguez, "Un capuchino vasco en la guerra de la Independencia española", en: Revista de Historia Militar, nº 44 (1978), p, 93.



partidas, sólo porque este tipo de servicio militar era más agradable. Otra razón para la promulgación del **reglamento** fue el reconocimiento de los combatientes irregulares como soldados oficiales, aunque sin uniforme militar, para que les fuera aplicado, igualmente, caso de captura, el derecho militar.

El **Reglamento de Partidas y Cuadrillas** fue promulgado el 28 de diciembre de 1808, y es el primer caso en la historia militar en que un gobierno apoyaba la guerra irregular. Se implantó una jerarquía militar para las partidas y se reglamentaron los ascensos. Esta inclusión de la organización militar debería facilitar, después de la guerra, la incorporación de los oficiales guerrilleros en el ejército regular. El reglamento prohibía la afiliación de desertores a las partidas, lo que en la práctica fue casi imposible de controlar. Por otra parte, se les ofreció a grupos de contrabandistas el luchar contra los franceses; así, estos recibieron la denominación de **cuadrillas**. Grupos de bandoleros fueron expresamente excluidos; sin embargo, existían muchas partidas, legalizadas, que actuaban como grupos de bandoleros.

Con ocasión de la aparición del **Curso Terrestre** de Javier Mina como importante unidad paramilitar en Nafarroa, la **Junta Central** promulgó, el 17 de abril de 1809, una instrucción, que sentaría definitivamente los principios de la guerra de guerrillas para la guerra de la independencia. Así, dice en el primer artículo:

"Todos los habitantes de las provincias ocupadas por las tropas francesas, que se hallen en estado de armarse, están autorizados para hacerlo, hasta con armas prohibidas, para asaltar y despojar siempre que hallen coyuntura favorable en particular y en común a los soldados franceses, apoderarse de los viveres y efectos que se destinan



a su subsistencia; y en suma para hacerles todo el mal y daño que sea posible." ³⁷

Con estas palabras estaba declarada la guerra total. También en lo sucesivo se reglamentó la actividad guerrillera por decretos y órdenes; pero sin quitarle su carácter espontáneo. Se apoyaban las partidas que estaban dispuestas a colaborar con el gobierno, mientras que se procuraba que partidas pequeñas fueran absorbidas por las grandes, de reconocimiento oficial. Esta absorción se llevó a cabo por incorporación y subordinación voluntaria, o por la fuerza.

La institucionalización de la guerra de guerrillas que está aquí descrita, es una condición para la guerra revolucionaria. Aunque tales guerras tuvieron su existencia sobre todo en el presente siglo XX, y aunque la teoría de la guerra revolucionaria fue definida por Mao Tse Dong, en 1936, fue el gobierno español el que, más de un siglo antes, ya había puesto las bases; y fueron los pueblos españoles, los que las llevaron a efecto.

La importancia de la guerrilla para el desarrollo y el resultado de la guerra de la Independencia fue menospreciado durante mucho tiempo. Los historiadores militares, como Gómez de Arteche o Priego López, colocaban en primer plano los méritos del ejército regular español,³⁸ mientras que los historiadores ingleses, como Napier,

³⁷ **Instrucción que su majestad se ha dignado aprobar para el curso terrestre contra los ejércitos franceses**, en Sevilla, 17 de abril de 1809, en: Servicio Histórico Militar, Madrid, Colección del Fraile, tomo 789, documento nº 2884, f. 131.

³⁸ Véase José Gómez de Arteche y Moro, **Juan Martín Díez El Empecinado: La guerra de la Independencia bajo su aspecto popular: Los guerrilleros**, en: **La España del siglo XIX: Colección de conferencias históricas celebradas durante el curso 1885-86**, tomo I, Madrid 1886, p. 125; y Juan Priego López, **Diccionario de Historia**, de Alianza ed., tomo 11, pp. 283-285.



atribuyeron la victoria a las tropas de Wellington³⁹. Hoy en día se sabe que los guerrilleros tuvieron gran importancia en la obtención de la victoria. Las grandes y decisivas batallas las ganaron los ejércitos regulares; pero sin la existencia de la guerrilla, éstas no habrían sido tan probables. Los guerrilleros mataron a muchos franceses, dificultaron las comunicaciones y el abastecimiento de los franceses, y apoyaron al ejército regular. Con esto, los guerrilleros atraían gran parte de la atención de los franceses, y sostenían la resistencia popular.

El análisis numérico demuestra que la derrota francesa no la podían haber causado las tropas anglo-portugués-españolas: Desde finales de 1808 hasta el verano de 1812, los franceses tenían permanentemente más de 300.000 soldados en la península. Se les oponía un ejército español de 100.000 soldados mal equipados e instruidos, y poco más de 60.000 ingleses y portugueses. En estas circunstancias los franceses deberían ganar cualquier batalla. Fue decisivo en esta guerra que casi un 80% de soldados franceses estuviese inmovilizado por causa de la actividad guerrillera. Así, sólo unos contingentes mucho más reducidos eran capaces de presentar batalla.⁴⁰

Aunque la presencia del ejército inglés representó una base imprescindible para la victoria contra los franceses, su éxito en batallas no fue decisivo para el resultado de la guerra. En sus luchas contra los ingleses, los franceses sólo perdieron unos 45.000 hombres durante cinco años, incluyendo muertos, heridos y prisioneros.⁴¹ Aproximaciones acerca del número de franceses muertos en

³⁹ Esta opinión se halla expresa en la obra de William Francis Patrick Napier, **History of the war in the peninsula and in the south of France, from the year 1807 to the year 1814**, 6 tomos, Londres 1828-1840.

⁴⁰ Datos de Miguel Artola Gallego. "**La guerra de guerrillas: (Planteamientos estratégicos en la Guerra de la Independencia)**", en: Revista de Occidente, segunda época, nº (1964), p. 35.

⁴¹ Dato de Basil Henry Liddell Hart, **The strategy of indirect approach**, Londres, 1941, p. 162.



España, ascienden, por otro lado, a un total de entre 300.000 y 500.000.⁴² De esto se puede deducir, que una gran parte de estas muertes fuera causada por los guerrilleros.

Tres factores decisivos para el resultado de la guerra se pueden atribuir a los guerrilleros: la muerte de una gran parte de soldados franceses, la limitación de la movilidad de las tropas francesas, y la desmoralización de ellos frente a un enemigo omnipresente e "invisible". Con esto, hay que considerar la existencia de la guerrilla como decisiva para el éxito en la guerra de la Independencia.

Acabo de resumir, a grandes rasgos, la guerra de guerrillas a nivel de España, saliendo del marco geográfico de este trabajo. Pero es que se trataba de una empresa **española**, y por consiguiente, los intereses de política regional o nacional vasca pasaron a un segundo plano. Las revueltas campesinas del siglo XVIII, y el episodio de la **separación de Gipuzkoa** durante la guerra de la Convención, reflejaban claramente la particular situación política, económica y social de Euskal Herria. Pero, por otro lado, la resistencia popular durante la guerra de la Convención tuvo ya un marcado carácter de **españolización**, lo que se dio completamente con la guerra de la Independencia: España reaccionó **en bloque** contra Napoleón, cuya clara superioridad no permitía particularismos.

Existían también los simpatizantes con la política francesa; una burguesía que veía sus intereses mejor representados en la política francesa. Esta burguesía **afrancesada** era particularmente poderosa

⁴² Diferentes autores sitúan el número de franceses muertos entre estos extremos: Gómez de Arteche, **ibid.**, mencionó los franceses Proudhon y Lemiére de Corvey, que coincidían en el número de 500.000 aprox., mientras que el diplomático alemán Schepeler calculaba unos 420.047 muertos como diferencia entre los franceses que habían entrado en España y los que salían del país; Fernando Solano Costa por su parte, considera probable unos 300.000 franceses muertos, en su ponencia **El guerrillero y su trascendencia**, ponencia IV del **II. Congreso Histórico Internacional de la guerra de la Independencia y su época**, Zaragoza, 1959, p. 20.



en Donostia y en otras ciudades del litoral vasco. Esta clase esperaba de la política de los nuevos gobernantes una consolidación y mejora socio-económica, y supo enriquecerse gracias a las medidas económicas impuestas por los franceses. Así se llevaron a cabo las desamortizaciones eclesiásticas que culminaron en el decreto de José Bonaparte del 18 de agosto de 1809, con el que se suprimieron las órdenes monacales, mendicantes y de clérigos rurales, adjudicando sus bienes a la hacienda del estado. Las posteriores realizaciones de este decreto son todavía poco conocidas; Mutiloa Poza da detalles acerca de la disolución de algunos conventos en Gipuzkoa.⁴³ Lo cierto es que estas medidas causaron una gran enemistad del clero hacia los franceses.

Por causa de los crecientes gastos de los municipios, causados por la obligación de alojar y abastecer las tropas napoleónicas, los ayuntamientos se vieron obligados a vender parte de sus terrenos, empezando con los terrenos propios de los ayuntamientos, hasta terminar con la venta de tierras comunales. Es este un proceso que ya se había iniciado con la crisis económica del siglo XVIII, y que fue acelerado por los gastos durante la guerra de la Convención. La mayor parte de las tierras comunales se vendieron durante la guerra de la Independencia, quedándose el pueblo vasco despojado de lo que había constituido una gran riqueza comunal y una de las bases del mito de la sociedad **igualitaria** vasca. Los que sobre todo se enriquecieron con las compras de estas tierras eran los terratenientes y ricos comerciantes provenientes de las ciudades. Con la pérdida de los terrenos comunales, y con el aumento de las contribuciones que se introdujeron, se agravaron las diferencias sociales.

⁴³ José María Mutiloa Poza, **Guipúzcoa en el siglo XIX (guerras-desamortización-fueros)**, Donostia: CAP, 1982, pp. 214-216.



El doble aspecto que adquirió la ocupación francesa, como invasión extranjera y asunción de ideas y creencias modernas, pero ininteligibles para la mayor parte de la población, junto a la agresión efectuada a la foralidad, fueron determinantes para situar entre los vascos la perspectiva del levantamiento. La imposición de sistemas tributarios novedosos, la sustitución violenta de la autoridad tradicional por un poder extraño, el modo arbitrario y militar con que se imponían las reformas, la enemistad de la Iglesia atacada en sus creencias y prácticas, sobre todo en sus diezmos y rentas, todas estas fueron importantes impulsoras de la oposición popular. Para el fomento de la resistencia fueron de primordial importancia las predicaciones del clero y su influencia moral en el pueblo, sobre todo de! clero regular, que tenía tanto que perder.

En estas circunstancias se desarrolló la guerra de guerrillas en Euskal Herria. La provincia de Gipuzkoa se encontraba en la gran línea de etapas y estuvo saturada de soldados franceses, aunque no existían grandes destacamentos de tropas. Las conmociones de la gran guerra no las conoció Gipuzkoa hasta el último momento, finalizando en la batalla de San Marcial, el 31 de octubre de 1813, con la que se acabó la presencia francesa. No obstante, estuvo durante estos años omnipresente la **pequeña guerra**, la **guerrilla**.



5. LA GUERRILLA DE LA FRANCESADA EN GIPUZKOA

Ya antes del 2 de mayo de 1808, del fanal de la resistencia popular en España, las autoridades francesas en Gipuzkoa tenían razones para preocuparse. El general francés Verdier mandó el 20 de abril desde Vitoria-Gasteiz un oficio al entonces gobernador general de la provincia de Gipuzkoa Duque de Mahón, ordenando que éste procurara...

"... que haga dejar las armas inmediatamente a toda tropa no arreglada, que podría haberlas tomado,..."

y advirtió,...

"... que tengo orden de considerar como un acto hostil de la población española contra el ejército francés todo corrillo de aldeanos armados,..."⁴⁴

Este oficio fue transmitido a la diputación de Gipuzkoa, que inmediatamente, el 24 de abril, desde Oiartzun, respondió, que en el caso de gente armada se trataba simplemente de guardias de honor que habían sido armados para obsequiar el paso de las personas reales -españolas y francesas- por la provincia, y, por consiguiente, no había razones para preocuparse.⁴⁵

Ante la severa advertencia del general Verdier parece que la diputación le quiso restar importancia al caso. Claro está que la

⁴⁴ . Cita de la traducción del oficio, transmitida el 22 de abril de 1808 a la diputación de Gipuzkoa, en A.G.G., Munita, sección 3ª, neg. 4, leg. 86.

⁴⁵ En A.G.G., **ibid.**



tarea de la diputación fue, en estas circunstancias, la de intentar suavizar las fricciones entre franceses y guipuzcoanos; pero parece también que la diputación hizo un doble juego: de una parte, el de la contemporización con el ocupante para defender a sus administradores de posibles represalias, y de otra parte, el de preparar y fomentar la resistencia popular contra el invasor.

El 13 de mayo el diputado general Juan Antonio de Lardizábal informó a la diputación que el gobernador militar de Donostia, el general francés Thouvenot,...

"... le aseguró que hay gente armada en diferentes puntos de la provincia y que aún se embarcan armas en los puertos de ella, previniéndole se tomen las más rigurosas providencias contra semejantes perturbadores" ⁴⁶

Lardizábal trató de convencer a Thouvenot de que estas noticias eran falsas; pero el mismo día, la diputación ratificó un edicto prohibiendo la importación de armas no autorizadas, la publicación de escritos perturbadores, y las reuniones de gente sospechosa.⁴⁷ Con este edicto, la diputación prohibió lo que Lardizábal le había explicado a Thouvenot como noticias falsas. Parece, por el contrario, que las informaciones que tenía Thouvenot, eran correctas. Esto sucedía en una provincia totalmente ocupada por el ejército francés, y sólo diez días después de los sucesos del 2 de mayo.

El encargado de la diputación para desarrollar un plan de levantamiento general en la provincia de Gipuzkoa fue Juan Manuel

⁴⁶ En A.G.G., Registro Actas Diputación, citado por José Berruezo en "**Espías y guerrilleros guipuzcoanos**", en: **Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País**, año XV (1959), cuaderno 3º, p. 262.

⁴⁷ Véase Berruezo, *ibid.*, p. 263.



de Tellería, natural de Arrasate-Mondragón.⁴⁸ En agosto se celebró una reunión secreta con representantes de la diputación en la que este plan fue aprobado. Después, Tellería se entrevistó con el entonces coronel retirado Juan Carlos de Areizaga, y el 7 de septiembre se encontró con el general Blake en Reinosa. El inminente resultado de este encuentro fue la organización de un servicio de espionaje y de correo secreto, organizado por Tellería, para facilitar al ejército español informaciones sobre movimientos de las tropas francesas en Euskal Herria. Este servicio de espionaje e información tuvo corta vida, pues se desvaneció con la retirada del ejército español, después de la derrota en Espinosa de los Monteros, el 10 de noviembre de 1808.⁴⁹

No obstante, el plan de un alzamiento general en Gipuzkoa seguía vigente, pero el giro de la guerra obligó a posponer este proyecto. A finales de abril de 1809, Tellería fue enviado a la Junta Central de Sevilla, como representante de Gipuzkoa. Allí, y luego en Cádiz, presentó este plan, pero las vicisitudes de la guerra no permitieron su realización.⁵⁰

Así, con el apoyo moral del gobierno, descrito en el capítulo anterior, pero sin dirección superior, la resistencia popular en Gipuzkoa se tuvo que desarrollar por iniciativa propia. Tardó más en formarse que en la vecina Nafarroa, donde esta lucha fue pronto protagonizada por el **Curso Terrestre** de Javier Mina, y después de su captura, por la **División de Navarra** de Espoz y Mina. A causa de esta falta de protagonistas, por lo menos hasta finales de 1810, la historia de la resistencia guipuzcoana y de sus guerrilleros es poco conocida. En los archivos de la provincia se encuentra suficiente material para presentar un cuadro más completo de estos sucesos, pero es un trabajo paciente, por lo que, a la actual altura de las

⁴⁸ Su expediente personal se halla en el Archivo General Militar (A.G.M.) en Segovia.

⁴⁹ Véase la relación de los sucesos en Berruezo, *ibid.*, pp. 265-268.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 268-269



investigaciones, sólo es posible dar un primer esbozo, bastante fragmentario, del tema.

En agosto de 1808 ya se tiene constancia de la existencia de los primeros guerrilleros guipuzcoanos; éstos comenzaron atacando a los correos franceses, enviando las estafetas al general Blake. A lo largo de la guerra las importantes vías de comunicación serían los lugares donde se concentrarían las acciones guerrilleras; especialmente en la más importante de ellas, el camino real por Gipuzkoa. Otro objeto preferido de ataques guerrilleros fue, como en todos los conflictos armados, la fábrica de armas de Soraluze-Placencia; ésta fue atacada, y sus almacenes saqueados, el 15 de agosto de 1808, por un grupo armado proveniente de Bizkaia.⁵¹

Parece que los primeros guerrilleros guipuzcoanos, de los que se conocen sus nombres, fueron Juan Angel de Lizárraga y Joaquín de Yeregui, vecinos de Tolosa, quienes el 24 de agosto de 1808, al frente de 16 compañeros, formaron la partida llamada **Compañía de Maleteros**, puesto que su misión era atacar a la mala -o correo-francesa. De septiembre a octubre se conocen algunas de sus acciones llevadas a cabo en las cercanías de Tolosa. Luego se unieron estos maleteros a las tropas regulares en Castilla.⁵²

Otros guerrilleros se lanzaron a la campaña, como Agustín de Larrañaga **Unceta**, y, sobre todo, el conocido José Manuel Imaz **Berriola**. Este último era natural de Segura y preocupaba tanto a las autoridades francesas, que en marzo de 1809 se mandó establecer una tropa de veinte soldados en Segura.⁵³ Desde octubre de 1808 existe constancia de que facinerosos, como fueron llamados por los

⁵¹ Informe de José Manuel de Lascurain a la diputación, del 15 de agosto de 1808, en A. G. G., Munita, sección 3ª, neg. 4, leg. 86.

⁵² Véase Berruezo, *ibid.*, p. 270.

⁵³ Orden del 8 de marzo de 1809, en el Archivo Municipal (A.M.) de Segura, sección E, neg. 5, serie II, libro 1, exp. 6.



franceses, actuaban en la villa de Segura, y se advirtió al alcalde del pueblo de tomar importantes represalias contra ellos.⁵⁴ El 28 de noviembre entró, finalmente, una tropa francesa en Segura y detuvo a la esposa de Berriola, a la que se llevaron presa a Urretxu. Registraron también la casa de otro presunto guerrillero, Miguel de Lardizábal.⁵⁵ La actividad guerrillera de Berriola y Unceta finalizó pronto, pues en 1809 fueron cogidos por los franceses, y fusilados.

Los grupos guerrilleros aumentaron considerablemente en los años 1809 y 1810. En octubre de 1809 formó el tolosarra Orcáztegui una partida que contó pronto con 120 infantes y 60 caballos. Este jefe guerrillero fue hecho prisionero a principios de febrero de 1810, y fusilado el día 9 del mismo mes.⁵⁶

Los insurrectos atacaban correos, se llevaban los caballos de las cuadras de las estaciones de postas, saqueaban casas de afrancesados (y de otros), y pedían raciones para la subsistencia de sus tropas. En noviembre de 1809, una partida considerable, mandada por Miguel de Orue, se proveyó de provisiones en los pueblos del Alto Deba y Alto Urola. El alcalde de Legazpia dio cuenta de "hasta 500" guerrilleros que, con dicho motivo, entraron en este pueblo, en la noche del 12 al 13 de noviembre.⁵⁷ La misma partida entró el 24 del mismo mes en Leintz-Salinas, y el alcalde informó de "más de 300 hombres de fuerza armada quienes tomaron en esta villa las raciones".⁵⁸ El número de integrantes de esta partida

⁵⁴ Carta del comandante de Arrasate-Mondragón Cavaillé al alcalde de Segura, del 9 de oct. de 1808, en A. G. G., Munita, sección 3ª, neg. 4, leg. 86.

⁵⁵ Carta del alcalde de Segura José María de Arrue a la diputación, del 1º de dic. de 1808, en AG.G., **ibid.**

⁵⁶ Véase Berruezo, **ibid.**, p. 271.

⁵⁷ Carta del alcalde de Legazpia José Joaquín Francisco de Guridi Zaldúa a la diputación, del 13 de nov. de 1809, en AG.G., Munita. Sección 3ª, neg. 4, leg. 88.

⁵⁸ Carta del alcalde de Leintz-Salinas Celedonio de Apodaca a la diputación, del 27 de nov. de 1809, en AG.G., **ibid.**



parece exagerado, como era uso en estas ocasiones, pero no cabe duda, que se trataba de una partida de cierta importancia.

Normalmente esperaba la mayor parte de la partida en las afueras del pueblo visitado, y sólo se presentaban entre 15 y 30 hombres, dejando vigilada cada una de las entradas del pueblo por dos de sus miembros. La actitud de las autoridades fue, normalmente, contemporalizador, ocultarse o huir. La ocupación momentánea de una plaza culminó, en muchos casos, con el alistamiento de algunos mozos. Conocemos, por ejemplo, el caso del guerrillero Barrutia de Arrasate-Mondragón, que entró el 26 de octubre de 1809 con 32 hombres en Otxandio (Bizkaia); aparte de dinero y plata se llevaron también más de veinte mozos que se alistaron a sus filas.⁵⁹

La **Gaceta de Oficio del Gobierno de Vizcaya** publicaba muchas noticias acerca de acciones guerrilleras o de guerrilleros presos, a los cuales los denominaba con términos como "bandidos", "insurgentes", etc. Así informó, que el 29 de marzo de 1810 fue condenado a muerte...

"... José Ignacio de Goena, natural de Zumárraga,... por haberse asociado con bandidos, robado juntamente con ellos, hecho fuego a la tropa francesa,....",⁶⁰

También dio cuenta de un ataque por sorpresa que, el 7 de abril, los gendarmes de Bergara les hicieron a tres armados; uno, llamado El Manco, logró escapar, mientras que los otros dos, Antonio Marque-

⁵⁹ De este suceso informan José Carlos y Javier Enríquez Fernández y Enriqueta Sesmero Cutanda, **Criminalidad y guerrilla vizcaínas en la guerra de la Independencia**, en: **Le Jacobinisme: Bicentenario de la Revolución Francesa (1789-1989)**, Barcelona: Universitat Autònoma, 1989, pp. 249 Y 254 (nota 8), refiriéndose a documentación procedente del Archivo Histórico de la Diputación de Bizkaia, Corregimiento, leg. 1161, n° 17.



tiobena y Miguel Izaguirre fueron detenidos; éstos confesaron, según la Gaceta,...

"... que hacían parte de una cuadrilla de bandidos que habían contribuido al asesinato de un oficial italiano decorado,... y que además habían tenido parte en el robo de un carro cargado de lienzo, con dirección a Bilbao" .⁶¹

Poco más tarde, la **Gaceta**, informó, que el 19 de mayo de 1810, a Miguel de Otamendi, beneficiado de la parroquia de Ordizia, se le condenó a muerte,...

"... en su ausencia y rebeldía, acusado de reclutar para los insurgentes, y de haberse pasado a ellos con tres que reclutó, armados todos cuatro con escopetas,..."⁶²

Hasta aquí unos ejemplos de informes hallados en la **Gaceta de Oficio del Gobierno de Vizcaya**. Allí como en archivos y otros fondos hay más informaciones acerca de guerrilleros guipuzcoanos, pero, como ya se ha dicho, según el actual estado de las investigaciones, este relato ha de ser, forzosamente fragmentario. De todos modos, se encuentran otros nombres, como el de un tal **Malalma**, de Eibar, que desarrolló sus actividades sobre todo en Bizkaia.⁶³

⁶⁰ Gaceta de Oficio del Gobierno de Vizcaya, nº 11, 25 de abril de 1810, en la hemeroteca del Archivo de la Diputación Foral de Araba (A.D.FA).

⁶¹ **Ibid.**, nº 10, 23 de abril de 1810.

⁶² **Ibid.**, nº 28, 4 de junio de 1810.

⁶³ Según Enrique Rodríguez-Solis, **Los guerrilleros de 1808: historia popular de la guerra de la Independencia**, tomo 1, cuaderno IX Madrid, 1887, pp. 16-18.



Del Goierri provenían muchos guerrilleros, así Bernardo de Echaluze, de Ezkio⁶⁴ y Domingo de Pildain, de Urretxu.⁶⁵

La eficaz organización de las partidas guipuzcoanas se llevó a cabo relativamente tarde –a finales de 1810, o en 1811, respectivamente– con la consiguiente coordinación con las grandes unidades guerrilleras en los territorios vecinos. Estas entraron antes de ese momento en varias ocasiones en Gipuzkoa; especialmente la División de Navarra de Espoz y Mina que efectuó varias expediciones sobre Zumaia, Mutriku, Oiartzun, Errenteria, etc. Hay noticias de que también otro gran guerrillero, Ignacio de Cuevillas, de la Rioja, realizó una incursión en Gipuzkoa, entrando el 1º de noviembre de 1809 con 70 hombres a caballo en Beasain, saqueando la casa del **afrancesado** José Francisco de Maíz.⁶⁶

Todas estas actividades guerrilleras preocupaban sobremanera a las autoridades francesas; en la tan temprana fecha del 6 de septiembre de 1808, el general Jourdan promulgó desde Miranda de Ebro la siguiente orden superior:

"Ordeno y mando de que todo malebolo y malechor que se encuentre con las armas en la mano sea ahorcado sin más formalidad de causa. Además S.M. hace responsable las villas y Pueblos de los asesinatos que se cometan en su territorio, y ordena en consecuencia de que los Pueblos del terreno al qual se hubieran cometido algun asesinato, serán sugetos a una contribución extraordinaria proporsionada a las facultades de

⁶⁴ **Ibid.**, p. 44.

⁶⁵ Según un relato de Iñaki Linazasoro, **Villarreal de Urretxua, ayer y hoy**, Donostia: CAM 1974, pp. 126-128.

⁶⁶ Según Miguel Angel López González, **Las crisis decimonónicas**, cap. XIII en: **Beasain: Historia de un municipio guipuzcoano**, Beasain: Ayuntamiento, 1987, p. 257.



*dicho Pueblo; que los havitantes serán desarmados, y que diez de los principales serán arrestados y conducidos al Cuartel general por ser fiadores y responsables con sus bienes y personas de los asesinatos que hubiesen sido cometidos, como también de los que se pudieran cometer,..."*⁶⁷

y en un comentario a la transmisión de esta orden se lee:

*"Haviendo llegado a noticia de S.M. que se exparcen vandidos en diferentes puntos de comunicaciones del Ejército, y que atacan a los correos, a las ordenanzas y a militares que no van en cuerpo,..."*⁶⁸

Estas palabras y las reacciones francesas demuestran que en Gipuzkoa ya se estaba aplicando perfectamente la guerra de guerrillas. Estos paisanos armados preocupaban tanto a las autoridades francesas, que se vieron obligadas a adoptar medidas tan graves como la toma de rehenes. Que estas amenazas no se articularon en vano, lo demuestra el siguiente ejemplo:

El 19 de octubre de 1808 fue atacado en Alegia un correo francés, "por una cuadrilla de más de doce hombres armados" , y le quitaron la correspondencia. A causa de este atentado, llegó el 21 de octubre un grupo de soldados franceses a Alegia y detuvo a doce de los vecinos más notables, como rehenes, y los llevaron a Vitoria-Gasteiz.⁶⁹

⁶⁷ Copia de la orden, del 10 de sept. de 1808, del comandante de armas de Hernani, en A.G.G., Munita, sección 3ª, neg. 4, leg. 86.

⁶⁸ **Ibid.**

⁶⁹ Carta del alcalde de Alegia Antonio de Arrizabalaga a la diputación, del 22 de oct. de 1808, pidiendo la ayuda de la diputación para conseguir la liberación de los presos, en A.G.G., **ibid.**



Los franceses concedieron amnistías para que los insurgentes dejaran las armas, excluyendo sólo los jefes y los que habían cometido crímenes graves. Durante toda la guerra se siguieron concediendo tales indultos, pero parece que no tuvieron buena acogida.

La total inseguridad a su tránsito por el camino real llevó a los franceses al punto de promulgar el 24 de agosto de 1809, por el general Thouvenot, una orden tan ilusa como la del "Corte de árboles a distancia de tiro de fusil del camino real para seguridad de las escoltas".⁷⁰ La medida fracasó ya en sus principios por causa de las protestas de algunos municipios.

A lo largo de la guerra, los franceses pedían listas de las personas que se habían ausentado de sus pueblos, y unido a las partidas. La realización de estas listas dependía mucho de las simpatías políticas que tenían los alcaldes. Mientras que algunos pueblos remitían listas extensas, otros no mostraban gran interés en el cumplimiento de la orden, o declaraban que no se había ausentado nadie. Este era también el caso de Aretxabaleta, cuyo alcalde escribió el 30 de septiembre de 1810 al **Consejo de la Provincia de Guipúzcoa**:

*"Haviendo tomado una razón exacta de todos los vecinos y habitantes de esta jurisdicción, debo asegurar a V.S. que desde que se principió la guerra hasta este día no se ha ausentado ni siquiera una persona de esta jurisdicción a las tropas de los insurgentes, y no ha ocurrido el mayor estrago ni desgracia. (...)"*⁷¹

⁷⁰ La cita es el título del expediente sobre el caso en el A.G.G., **ibid.**, leg. 89.

⁷¹ Este documento se halla en el expediente "Sobre los que se reunían con los llamados brigantes", en el A.G.G., **ibid.**



Considerando todo lo anteriormente dicho acerca de la masiva participación popular en la guerra de guerrillas, hay que calificar estas declaraciones como simples mentiras.

Los franceses eran incapaces de controlar a los guerrilleros. Su impotencia para dominar la situación se refleja en un recrudecimiento de la guerra, lo cual se expresó en sus órdenes; así, el 10 de marzo de 1810 declaró el gobernador general Thouvenot:

"Todo bandido, que sea cogido con las armas en la mano, será afusilado en el mismo sitio, y colgado en el árbol más próximo".⁷²

Aumentó no sólo la violencia contra los paisanos armados, sino también contra cualquier persona sospechosa de apoyar la insurrección; empezó la guerra de represalias, como reflejan algunas órdenes:

"Los pueblos o comunidades que hayan suministrado viveres a los Brigantes, que se califican en el País con el nombre de «Voluntarios»,... serán castigados, ..., y por la tercera vez, los Alcaldes, Regidores y Curas de dichos pueblos, serán arrestados, y los lugares saqueados".⁷³

"Los padres, madres, hermanos, hermanas, hijos y nietos de esos individuos (insurgentes) son responsables con sus bienes y personas de todo hecho de latrocinio cometido por los insurgentes

⁷² Documento en el A. M. de Bergara, signo B-12.

⁷³ "Orden del día" del Comandante Superior de las tropas en las provincias de Navarra, Vizcaya y Santander, el general de división Conde de Erlon, dada en Vitoria, 10 de sept. de 1810, en el A. M. de Bergara, B-12.



contra los ciudadanos pacíficos o contra sus propiedades".⁷⁴

"Si algún vecino está arrancado de su domicilio, desde luego se arrestará a tres de los parientes más cercanos de un insurgente para servir de rehenes: si ese individuo es matado por las partidas, los rehenes serán fusilados al instante y sin otra forma de proceso".⁷⁵

Todas estas medidas y amenazas no podían sofocar el ambiente de levantamiento general, pues sólo conseguían aumentar la violencia indiscriminada de ambos contendientes, las represalias y contrarrepresalias, y las venganzas.

Los franceses consideraban a los guerrilleros "bandidos". Realmente, no es fácil distinguir las acciones de los guerrilleros de las de bandidos, y es innegable que muchos bandoleros se enrolaron en esta forma de hacer la guerra, para la que tenían una preparación y experiencia adecuadas. El conflicto bélico legitimaba los hurtos, siempre que se efectuaran contra **afrancesados**.

En el anterior capítulo se ha expuesto que los historiadores militares no simpatizaban con la guerrilla, y ellos y muchos otros autores consideraban como principal objetivo de las acciones guerrilleras el saqueo.⁷⁶ Es difícil refutar esta opinión, basada en la real existencia de muchos bandoleros. Pero no se debe olvidar, que un fundamento de la guerra de guerrillas es su **institucionalización**, como ya se ha descrito en el anterior capítulo. Cuanto más se les daba a las partidas una organización y una jerarquía militar, subordinándolas

⁷⁴ "Orden" para el Ejército del Norte de España, por el mariscal Duque de Istria, dada en Valladolid, 5 de junio de 1811; artículo 111, en: **ibid.**

⁷⁵ Artículo IV, en: **ibid.**



en Gipuzkoa bajo el mando de Gaspar de Jáuregui, tanto más se puede distinguir entre partidas que representaban la guerra de guerrillas, y grupos de bandoleros que no obedecían a superiores órdenes y cuyo objetivo era el saqueo.

A pesar de calificarlos una "banda de Salteadores baxados de Navarra", el propio general gobernador de Gipuzkoa, Thouvenot, dio una interesante descripción del procedimiento guerrillero, cuando el 18 de septiembre de 1809, con motivo de una incursión de guerrilleros navarros dio una orden, exponiendo:

"La moderación de los habitantes, quando el pillage executado últimamente por una de estas bandas en los Pueblos de Beasain, Ataun, etc. ha descubierto la conducta pacífica y la indignación de la mayor parte de los habitantes y paisanos, al mismo tiempo que ha demostrado la aprobación tácita de muchos Curas y propietarios ricos por esta clase de salteamientos. Igualmente se ha notado que los partidarios del gobierno actual han sido el único obgeto de la persecución y del pillage de los Salteadores,...".⁷⁷

Este texto, escrito desde el punto de vista del francés, revela claramente, que los guerrilleros elegían muy bien los objetos de sus ataques, que eran las casas y la propiedad de **afrancesados**, mientras que respetaron las de los patriotas.

⁷⁶ Así lo presentan José Carlos y Javier Enríquez Fernández y Enriqueta Sesmero Cutanda en su artículo acerca de **Criminalidad y guerrilla vizcaínas en la guerra de la Independencia**, en: **Le Jacobinisme** (véase nota 59), pp. 247-252.

⁷⁷ "Orden del día" del 18 de sept. de 1809, en el A. M. de Segura, sección E, neg. 5, serie 11, Libro 1, exp. 6; también en el A. M. de Urretxu, sección E, neg. 5, serie 11, libro 1, exp. 4.



Es interesante como en la misma orden del general Thouvenot se expresó la siguiente advertencia:

"Las Autoridades locales, y principalmente los Curas y propietarios ricos, son, desde este momento, responsables de la falta de oposición que los Pueblos puedan poner en lo venidero contra las empresas de los salteadores, y los Comandantes militares los harán arrestar y transferir baxo escolta a San Sebastián, donde será examinada, juzgada, y castigada su conducta, si há lugar".⁷⁸

Las palabras del propio general Thouvenot refutan, por lo tanto, la confusión entre guerrilleros y bandoleros.

Durante los años que duró la ocupación francesa, las acciones de los guerrilleros vascos inmovilizaron en todos los puntos importantes del país a un gran número de fuerzas francesas, obligando, en febrero de 1810, al establecimiento de la **Gendarmerie** para patrullar a lo largo del camino real desde Irun hasta Vitoria-Gasteiz, y en la costa. También por iniciativa de Thouvenot fueron creados los **Gendarmes Cántabros**, que estaban compuestos por cien individuos -25 por escuadrón- reclutados entre paisanos. Al principio prestaron buenos servicios, pero pronto desertaron muchos, y al final se disolvió el cuerpo.

El 14 de marzo de 1810 comenzó, por fin, la carrera guerrillera de Gaspar de Jáuregui. Por falta de una moderna biografía sobre el gran guerrillero guipuzcoano, hay que recurrir a la obra de Fray José Ignacio-Lasa Esnaola titulada "Jáuregui, el guerrillero".⁷⁹ Jáuregui había nacido el 19 de septiembre de 1791 en Urretxu, y era pastor

⁷⁸ **Ibid.**



de oficio, de lo que viene su apodo **Artzaia**. A los 18 años empezó con un par de compañeros a asaltar correos franceses en el Alto de Deskarga, cerca de su pueblo natal. Pronto abandonó su casa, y en julio de 1810 formó con siete compañeros una partida.⁸⁰ Esta es la versión oficial; no obstante, en el mismo mes de julio, el día 17, entró Jáuregui "con una cuadrilla de veinte y ocho hombres armados" en el pueblo de Segura, según testimonio del alcalde, llevándose seis hombres para engrosar sus filas.⁸¹ No se sabe, si la tropa de Jáuregui realmente había crecido tanto ya, o si el alcalde exageró su número para prevenir represalias francesas, afirmando que no había podido actuar de otra manera frente a tal superioridad de enemigos.

Ante la presión francesa, Jáuregui pasó en otoño de 1810 a Nafarroa, para encontrarse con Espoz y Mina, que ya había organizado su poderosa **División de Navarra**. Jáuregui recibió el apoyo de Espoz y Mina, y cuando volvió a Gipuzkoa, le acompañaron 60 guipuzcoanos a su mando.

Empezó entonces la formación del **Primer Batallón de Guipúzcoa**. Un elemento importante de la eficaz organización de las guerrillas a nivel provincial fue la incorporación de otras partidas bajo el mando de Jáuregui, lo que se verificó, en muchos casos, por la fuerza y bajo amenazas; en otros casos, se optó por la incorporación voluntaria; también hubo colaboración, siempre bajo el mando superior de Jáuregui. Vemos, por ejemplo, a la partida del guerrillero vizcaíno Manuel de Sarasqueta **El Rojo** entrando en Eibar,

⁷⁹ Fr. José Ignacio Lasa Esnaola, **Jáuregui, el guerrillero (un pastor guipuzcoano que llegó a mariscal)**, Bilbo: La Gran Enciclopedia Vasca, 1973

⁸⁰ **Ibid.**, p. 73.

⁸¹ Informe del alcalde de Segura José Antonio de Gorrochategui, del 17 de julio de 1810, en AG.G., Munita, sección 3ª, neg. 4, leg. 89. Este documento es particularmente interesante, porque resuelve la discusión sobre si Jáuregui era analfabeto o no: el alcalde de Segura dejó firmar su informe, para prevenir represalias, afirmando su impotencia ante el ataque guerrillero; pero, "... después que dicho Gaspar por no saber el escribir hizo firmar otro en su' nombre".



el 10 de septiembre, llevándose raciones;⁸² el 5 de octubre vemos al mismo Rojo junto con Gaspar de Jáuregui, entrando en Azkoitia.⁸³

Para la mejor defensa de los pueblos contra los ataques guerrilleros, los franceses ordenaron, a principios de 1810, la formación de **guardias cívicas** en los pueblos, compuestas por paisanos. Así se verificó en varios pueblos; pero con la creciente fuerza de las tropas de Jáuregui, éstas obligaron a los pueblos a disolver las **guardias cívicas**. Bajo las amenazas de Jáuregui pidió el ayuntamiento de Markina, en Bizkaia, al general Rey, en un memorial del 9 de julio de 1811, la disolución y el desarme de sus guardias:

"El Gefe de banda Pastor (Jáuregui) habiendo unido a su guerrilla los restos de Gorostola, del Rojo, del Zapatero de Motrico y de otros de la jaez con porción de desertores Franceses, Españoles, Italianos y de otras Naciones, ha formado una Corporación de 400 a 500 hombres, haciéndose terrible en su mismo desorden...

... dicho Pastor ha desarmado a Ondárroa y Motrico, esta villa de mucha más población que Marquina; y que Deva y Lequeitio de resultas se han desarmado voluntariamente, aunque especialmente Lequeitio tenga triplicada población que Marquina y ser otra bien diferente su situación. Azcoitia y Oñate, pueblos incomparablemente de más población que el nuestro se hallan en el mismo caso de Deva y Lequeitio".⁸⁴

En Oñati se había disuelto su guardia cívica en marzo de 1811. Este pueblo, tan enclavado en las montañas y de difícil acceso, pero al

⁸² Carta del alcalde de Eibar Felix de Muguerza al Consejo de la Provincia de Guipúzcoa, del 11 de set. de 1810, en A. G. G., **ibid.**

⁸³ Carta del alcalde de Azkoitia Martín de Lasartegui, al Consejo de la Provincia de Guipúzcoa, del 6 de oct. de 1810, en A. G. G., **ibid.**



mismo tiempo cerca del camino real, se convirtió en el invierno de 1811/12 en el centro de las guerrillas guipuzcoanas. Allí, y en otros pueblos de la zona alta de Gipuzkoa, como Zegama, se instruían a los reclutas que llegaban a alistarse. Para su organización e instrucción fueron enviados por el general en jefe del 7° ejército, Gabriel de Mendizábal, el teniente coronel Miguel de Artola y el teniente Antonio Jaureguibarria. La situación de Oñate no puede ser mejor descrita que en una traducción de "La Gendarmerie Française":

"Los fracasos sufridos durante el año 1811 por las bandas de Guipúzcoa, lejos de desmoralizarlas, no hicieron más que aguerrirlas impulsándoles a combatirnos. El Pastor, su jefe principal, había situado a Artola, uno de sus lugartenientes, en Oñate, villa entre montañas de fácil defensa y fuera de nuestra gran línea de etapas, con la misión de formar un Depósito de guerrillas. Artola tenía alrededor de 600 hombres de los que bastantes habían sido reclutados de grado o por fuerza entre los jóvenes de la Provincia; instruía a estos reclutas y cuando estaban suficientemente preparados los enviaba, para foguearlos, a preparar emboscadas en el Camino Real. Hacia finales de 1811, pequeñas partidas fueron enviadas desde Oñate en todas direcciones para recoger en los pueblos trozos de hoja de lata que había en los tejados y en las casas con los que fabricaban proyectiles para los cañones de montaña que les habían entregado los ingleses. Oñate vino a convertirse en el verdadero centro insurreccional de Guipúzcoa y el Pastor convocó allí en el mes de

⁸⁴ Citado por Juan J. Mugártegui, **La villa de Marquina: monografía histórica**, Bilbo, 1927, p. 197.



diciembre a todos los alcaldes antiguos y nuevos de la Provincia para reunirlos en Junta y en ella proclamar la leva en masa y establecer el reparto de contribuciones".⁸⁵

Un problema esencial de la guerrilla era la financiación de la contienda. La principal fuente de ingresos era, sin duda, el enemigo francés. De los pueblos se exigía raciones y contribuciones, pero no se les podía exigir cada vez más hasta terminar con sus simpatías. Así se procedió, cuando las fuerzas lo permitían, a exigir contribuciones de pueblos que simpatizaban con los franceses. Por ejemplo, el 7 de mayo de 1811, vemos a Jáuregui entrando en Aia con una fuerte tropa, 250 hombres según el informe del alcalde, pidiendo raciones, y tomando rehenes con los cuales exigió la entrega de 10.000 reales, dentro de ocho días.⁸⁶

Este procedimiento se llevó hasta la osadía de atacar Tolosa el 25 de marzo de 1812. Las tropas guerrilleras no consiguieron entrar en la villa, pero quemaron algunos caseríos en los alrededores y una fábrica de papel. Para evitar más perjuicios, el ayuntamiento decidió enviar a la guerrilla la suma de 47.000 reales, recogidos por reparto individual entre varios vecinos.⁸⁷

A las filas de Jáuregui se adhirieron muchos otros que dos décadas más tarde deberían destacar en la primera guerra carlista. El más importante era, sin duda, Tomás Antonio de Zumalacárregui. Nacido el 29 de septiembre de 1788 en Ormaiztegui, estudió en Pamplona-Iruñea cuando estalló la guerra de la Independencia. Como tantos

⁸⁵ Citado por Ignacio Zumalde, **Historia de Oñate**, Donostia: Diputación de Guipúzcoa, 1957, p. 574.

⁸⁶ Carta del alcalde de Aia José Francisco de Embil al Consejo de la Provincia de Guipúzcoa, del 8 de mayo de 1811, en AG.G., sección 33, neg. 4, leg. 90.

⁸⁷ Enterado el general francés Conde Dorssenne de esto, mandó que Tolosa pagase el doble de aquel pago a los franceses. o sea, 94.000 reales, lo que realizaron los vecinos de Tolosa bajo las amenazas



otros pasó a Zaragoza para defender la ciudad sitiada, pero a finales de diciembre de 1808 cayó prisionero en manos de los franceses. Consiguió huir, y después de algún tiempo, se presentó a Jáuregui; y durante la campaña contra los franceses fue ascendido a teniente. A finales de 1812, Zumalacárregui fue enviado a Cádiz con el fin de obtener de la regencia la confirmación de los grados de los jefes y oficiales que, de manera no oficial, se les había conferido. Zumalacárregui consiguió este objetivo con el apoyo de su hermano Miguel Antonio de Zumalacárregui, que era diputado de la provincia de Gipuzkoa en las Cortes de Cádiz. Luego, Tomás de Zumalacárregui regresó al norte para proseguir la campaña con Jáuregui. Al final de la guerra terminó con el grado de capitán.

Bajo el mando de Jáuregui, que alcanzó el grado de coronel, se formaron, a lo largo de la guerra, tres batallones con sus respectivos comandantes: Fermín de Iriarte, Buenaventura de Tomasa y Manuel de Aranguren. Estos batallones recorrían Gipuzkoa, Bizkaia y parte de Nafarroa, operando a veces solos, a veces en combinación con Espoz y Mina en Nafarroa o con el jefe vizcaino Longa. Con sus constantes ataques; a lo largo de las vías de comunicación y a las guarniciones francesas, consiguieron debilitar considerablemente el poder francés. La acción más espectacular en territorio guipuzcoano fue el ataque a Deba, en julio de 1812, con la consiguiente rendición de la guarnición francesa. El mes anterior habían conquistado, en una acción conjunta con la escuadra inglesa, el pueblo vizcaino de Lekeitio. En estas acciones se ve, que con la creciente fuerza de las tropas guipuzcoanas y el desmoronado poder de los franceses, el ejército de guerrillas se estaba convirtiendo en una tropa semi-regular, y en una tropa auxiliar del ejército anglo-portugués-español. Este nuevo papel lo representaron los batallones guipuzcoanos perfectamente en las últimas batallas de

francesas, relato de Pablo de Gorosabel, **Bosquejo de las antigüedades, gobierno, administración y otras cosas notables de la villa de Tolosa**, Tolosa, 1853, pp. 234-235.



la guerra: en la de Vitoria-Gasteiz, el 21 de junio de 1813, y en la de San Marcial en Irun, el 31 de agosto de 1813.

6. CONSECUENCIAS DE LA GUERRILLA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

La guerra de la Independencia fue la primera guerra revolucionaria de la época contemporánea; por un lado, como ya se ha señalado, por su carácter de guerra de liberación: sin elaborar una doctrina - lo que no se hizo hasta nuestro siglo-, ésta fue ya anticipada con las directrices de los gobiernos de Sevilla y Cádiz, y con la reacción popular en toda España. Por otro lado, fue una guerra revolucionaria, ya que la gran necesidad de oficiales facilitó el ascenso a los más altos rangos militares de los más aptos; se abolieron las pruebas de nobleza, y al final de la guerra, el ejército había dejado de ser el reflejo de la anacrónica sociedad estamental. Con la restauración del absolutismo en 1814, muchos de estos ambiciosos oficiales jóvenes se vieron de nuevo subordinados bajo la antigua oficialidad, noble y estamental, y su descontento significaba, en potencia, un factor revolucionario en el ejército; pronto se vería, que serían éstos jóvenes oficiales, que habían ascendido durante la guerra de la Independencia, los que llevaron a cabo el proceso de la revolución burguesa.

Lo dicho se puede aplicar, sobre todo, a los oficiales guerrilleros. Ellos eran, en muchos casos, de origen humilde, y los que, más que cualquier otro grupo, habían debilitado el privilegio estamental en el ejército; recordemos, a este respecto, el origen de Gaspar de Jáuregui, que había sido, anteriormente, pastor. El rey y los círculos absolutistas desconfiaban profundamente de los antiguos guerrilleros, y el 25 de junio de 1814 disolvieron por decreto las unidades guerrilleras que todavía existían y que estaban esperando su destino. Las múltiples protestas convencieron al gobierno absolutista



para cambiar de postura, y un decreto del 28 de julio del mismo año hizo posible que los antiguos guerrilleros se integraran en el ejército, pero a los oficiales se les redujo su rango. Nuevas protestas condujeron, por fin, al decreto del 10 de mayo de 1815 que permitía el mantenimiento de los rangos militares alcanzados durante la guerra.

La aversión de los gobernantes del absolutismo restaurado hacia los antiguos guerrilleros, les empujó a éstos hacia el liberalismo. A ello se unía la habitual facilidad de tomar decisiones espontáneas y atrevidas, y con esto se comprende, que fueran los oficiales ex-guerrilleros los que intentaron los primeros pronunciamientos con el fin de reimplantar la constitución: el primero fue Francisco Espoz y Mina en Nafarroa, en septiembre de 1814, seguido de Juan Díaz Porlier, en septiembre del año siguiente, en La Coruña, y de otros en los años siguientes hasta 1820.

Con la intransigencia de los absolutistas se empujó a muchos oficiales jóvenes y ambiciosos hacia el liberalismo. La población en general, por otro lado, no secundaba las intenciones liberales; habían conseguido aquello para lo que habían luchado: la expulsión de los franceses y la vuelta del rey. Existieron otros efectos, algo más retardados, de la guerra de la Independencia: el pueblo había aprendido a luchar adecuadamente en favor de sus intereses, y al frente de esta lucha se habían puesto caudillos espontáneos. Eran efectos inmediatos de la guerra de guerrillas; ésta introducía un factor de inestabilidad entre la población. A partir de entonces, el pueblo estaba con más facilidad dispuesto a legitimar, ante sí mismo, el empleo de la acción violenta. Bajo este aspecto, la guerrilla dejó su huella en todo el siglo XIX. Benito Pérez Galdós describió este aspecto con las siguientes palabras:

"La guerra de la Independencia,... fue la gran escuela del caudillaje, porque en ella se



adiestraron hasta los humos los españoles en el arte para otros incomprendible de improvisar ejércitos y dominar por más o menos tiempo una comarca; cursaron la ciencia de la insurrección y las maravillas de entonces las hemos llorado después con lágrimas de sangre".⁸⁸

Después de estas consideraciones generales, y muy generalizadas, en el ámbito de toda España, volvamos ahora al territorio que aquí nos interesa:

Euskal Herria y, especialmente, Gipuzkoa. Después de la guerra los comandantes de los batallones guipuzcoanos pidieron su incorporación en el ejército, pero el 25 de junio de 1814 apareció el decreto de la disolución de las guerrillas todavía existentes. En las Juntas Generales de Errenteria, en julio, dichos comandantes, que eran a la sazón Manuel de Aranguren, José Angel de Larreta y Antonio María de Calbetón, expusieron en nombre de 150 oficiales los extraordinarios servicios prestados en defensa de España y de Gipuzkoa; alegaron el fatal estado al que estaban reducidos:

"... a la clase sola de oficiales por la gracia concedida por el Soberano a los soldados de dichos cuerpos para que vuelvan a las labores de los campos".⁸⁹

Su petición de ser destinados a los cuerpos del ejército, transmitida a la corte, fue aprobada; todos los oficiales fueron confirmados e incorporados con los mismos grados y antigüedad que anteriormente habían tenido.

⁸⁸ Pérez Galdós, Benito: **Juan Martín El Empecinado** (Episodios Nacionales), Madrid, 1950, p. 57,

⁸⁹ Citado por Lasa, **Jáuregui** (véase nota 79), p. 207



Gaspar de Jáuregui no había solicitado su continuación en el ejército. La razón es, probablemente, que como liberal no quería prestar sus servicios a la España de la restauración; también es posible, que, conocidas sus simpatías, ya había caído en desgracia ante los ojos de las autoridades absolutistas. Fuera como fuera, Jáuregui se retiró a su pueblo natal de Urretxu y se dedicó a actividades comerciales, ya que había llegado a ser uno de los personajes más importantes de Urretxu, con considerables posesiones económicas.

Tomás de Zumalacárregui, por su parte, continuó su carrera militar. Después de un empleo como capitán archivero, pasó en agosto de 1815 a mandar una compañía del **Regimiento de Infantería de Borbón**. Extinguido este regimiento fue destinado en julio de 1819 al de **Infantería de Vitoria**, de guarnición en Zamora.

Mientras que los oficiales ex-guerrilleros lograron, por fin, la posibilidad de incorporarse al ejército, los soldados guerrilleros fueron licenciados. Tenían que volver a sus casas, pero, durante los años de guerra, muchos habían perdido sus medios de subsistencia; otros no volvían a su anterior vida de humildes campesinos; y, con todo esto, se nota, después de la guerra, un fuerte aumento del bandolerismo. La guerra les había puesto a estos bandoleros las armas en la mano. Cuando, en 1814 y 1815, las autoridades intentaron recoger las armas de los antiguos voluntarios guipuzcoanos, no lo lograron completamente, a pesar de incesantes súplicas.

La situación económica, política y social en Euskal Herria seguía yendo rumbo a la catástrofe. La guerra de la Independencia había agravado los antagonismos en la sociedad vasca. Napoleón Bonaparte había sido el representante de cierto liberalismo económico, puesto ya en práctica en detrimento de una parte del pueblo vasco, con el aumento de las rentas, el arrendamiento libre



y, a corto plazo, el retroceso de usos comunales, etc. Debido a la posición estratégica de Gipuzkoa y, consiguientemente, a la intensa ocupación militar de la provincia, que había sido muy costosa, los pueblos se vieron obligados a endeudarse y proseguir con la venta de tierras comunales. El grupo de terratenientes y burgueses se podía seguir enriqueciendo aún más a costa de la población rural. La mayoría de los intentos para retroceder a la situación territorial anterior a la guerra, se desvanecieron en interminables procesos judiciales.

El esquema en el que desemboca la crisis de finales del siglo XVIII y principios del XIX es el siguiente: Hubo insuperables diferencias que separaban a la sociedad guipuzcoana, con sus representantes más evidentes en la población rural, tradicional; y en la burguesía comercial, sobre todo donostiarra. El empobrecimiento en el campo se había agravado, mientras que la población rural, apoyada por el clero y por los tradicionales notables rurales, estaba dispuesta para la insurrección armada. Al mismo tiempo merodeaba por el campo un elemento incontrolable de bandoleros. La situación era propicia para desembocar en otros conflictos armados.



7. EL LEVANTAMIENTO POPULAR DURANTE EL TRIENIO CONSTITUCIONAL

Los años de la restauración fernandina fueron de relativa calma, pues apenas hubo conflictos violentos, a pesar de las diversas intentonas liberales. Pero el mantenimiento de las anacrónicas estructuras del Antiguo Régimen, que había abolido por completo la obra de las Cortes de Cádiz, no solucionaba los conflictos de clases: de una burguesía con ansias de ampliar sus poderes, y la de un campesinado y artesanado urbano empobrecido. Finalmente, el pronunciamiento de Riego del 10 de enero de 1820 inició el restablecimiento de la constitución, en marzo de 1820.

A la caída de la monarquía absoluta contribuyó de forma decisiva el eco que el pronunciamiento de Riego había suscitado en las más importantes ciudades, y que se había manifestado en una amplia movilización popular urbana en favor de la constitución. Por otro lado, la mayor parte de la población española, y en particular la del campo, permaneció al margen de los acontecimientos; o mejor dicho: permaneció a la espera.

El primer año de la actividad legislativa de las cortes estuvo dominado por el restablecimiento de la obra de las Cortes de Cádiz. En el campo económico se reanudó la política desamortizadora y se redujeron los diezmos a la mitad, sustituyéndolos por un sistema de contribuciones nuevas.

La reducción del diezmo a la mitad fue recibido con gran satisfacción, pero la imposición de nuevas contribuciones, y su agravación en el segundo año económico (julio de 1821 a junio de 1822), desvirtuó sus atractivos. El descenso de los precios agrícolas en estos años significó una coyuntura poco idónea para que el



aumento de las contribuciones en dinero fuera compensado por la reducción de las que se pagaban en frutos. Para la mayoría de los campesinos, incapaces de comercializar ventajosamente sus excedentes, los cuales no acostumbraban a ser muy grandes, se acentuaron las dificultades a la hora de tributar en metálico. La brusca irrupción, en aislados mercados aldeanos, de una masa de frutos, que antes los perceptores de diezmos colocaban directamente en los principales circuitos comerciales, repercutía en el hundimiento de los precios; esto tenía consecuencias desastrosas para el pequeño productor, a quien costaría cada vez más conseguir el dinero para pagar sus contribuciones.

También la política desamortizadora nutría esperanzas en el campesinado, que a la larga no pudieron ser satisfechas. Después de años de estancamiento en las ventas de terrenos comunales, éstos se quedaban libres para la venta, con ley del 8 de noviembre de 1820. Los municipios hicieron un amplio uso de la posibilidad de venta, pues muchos estaban fuertemente endeudados. El campesinado que ansiaba la posesión de tierras propias se vio pronto desengañado por la incapacidad de comprar o mantener estas tierras. Con esto, el trienio constitucional aceleró otra vez el proceso de acumulación de tierra. Los compradores eran los terratenientes o ricos burgueses de las ciudades. Esta situación empeoró también las condiciones para los colonos a causa de la elevación de las rentas.

Con las medidas gubernamentales no se podían satisfacer los anhelos de la población rural. Los excelentes estudios de Jaume Torras Elías ⁹⁰ dejan bien claro que éstos no deseaban una vuelta al régimen feudal, contradictorio con sus aspiraciones de, sobre todo,

⁹⁰ Véase Jaume Torras Elías, **Liberalismo y rebeldía campesina, 1820-1823**, Barcelona: Ariel 1976.



"dos cosas, baja en las contribuciones y tierras".⁹¹ Pero también era contradictorio el programa capitalista; los gobiernos del trienio empujaban al campesinado hacia una competencia abierta y libre, es decir, pérdida de antemano, con la burguesía urbana y los grandes propietarios territoriales. La reacción que pronto iba a mostrar el campesinado, no era una reacción pro-feudal, pero los más importantes aliados de los campesinos fueron también los más feroces defensores del antiguo orden: fue el clero, sobre todo el regular. Mientras, la nueva clase dominante, la burguesía, buscaba la alianza con las antiguas clases dominantes, las feudales, burocráticas y poseedoras.

A estas consideraciones acerca de medidas gubernamentales que afectaban a toda la población española, hay que añadir otra que afectaba especialmente a Euskal Herria: el viejo problema de las aduanas, que con una real orden del 15 de noviembre de 1820 fueron trasladadas a la costa y a la frontera con Francia, lo que agravó el malestar en Euskal Herria.

Todas las medidas descritas iban a tener, no obstante, unos efectos algo retardados. Consecuencias inmediatas tuvo, por otro lado, la ley de supresión de todas las ordenes masculinas, monacales y conventuales, del 1º de octubre de 1820, que el rey vaciló en firmar hasta el 25 de octubre. Inmediatamente estallaron incidentes armados en diversas partes de España, iniciándose a finales de octubre con el ataque a un coche-correo en Ariñez (Araba), por un grupo de hombres armados que aclamaban al rey absoluto.⁹² Siguieron levantamientos esporádicos en otras partes de España,

⁹¹ Así lo dijo el diputado Romero -se supone que se trataba del sevillano Bartolomé García Romero y Bernal- en el Congreso, en junio de 1822; véase el **Diario de las Sesiones de Cortes**, 1822, III, p. 2072.

⁹² Anteriormente ya había habido intentos aislados de levantamientos, como el del cura Francisco Barrio, quien en junio de 1820 levantó la primera partida realista en Castilla, en conexión con una frustrada intriga cortesana; véase Teófilo López Mata, "**Burgos durante el período constitucional de**



culminando, en lo que se refiere al año 1820, con el que lideraba, en Galiza, el teniente coronel Manuel de Castro barón de Sancti Joanis; en diciembre se detuvo a 44 conspiradores, entre ellos 28 clérigos.

Todos estos levantamientos estaban mandados o apoyados por eclesiásticos; éstos fueron los agentes decisivos en el consiguiente desencadenamiento insurreccional. Las medidas desamortizadoras afectaban directamente al clero y dejaron a muchos eclesiásticos desamparados. La supresión de conventos se llevó a cabo con una inusitada eficacia, y durante el trienio constitucional se suprimió más de la mitad de los conventos. Los representantes de la Iglesia se opusieron en bloque contra el régimen constitucional, conscientes de la incompatibilidad entre el nuevo régimen y la posición privilegiada de la que había gozado la Iglesia del Antiguo Régimen. Pero, al principio, su oposición y agitación no tuvo gran eco en la población. Sólo después del desencanto que experimentó la población rural, ésta apoyó masivamente la insurrección eclesiástica.

En los primeros meses de 1821 continuaron los conatos insurreccionales en varias provincias españolas. La primera sublevación realista armada en la provincia de Gipuzkoa fue llevada a cabo por Juan Ignacio Aizquibel, teniente capitán retirado, natural de Urretxu, en febrero de 1821, pero fue detenido el 24 de este mes con cuatro compañeros en las cercanías de Eskoriatza. Parece que ya existían un buen número de sublevados en la zona, pues se mandaron tropas de la milicia nacional a Eskoriatza "a fin de evitar que los facciosos libertasen a los presos...".⁹³

1820 a 1823", en: **Boletín de la Institución Fernán González**, XVII (1966), pp. 120-124,

⁹³ Carta del 7 de marzo de 1821, del jefe político Conde de Villafuertes al alcalde de Zumarraga, en reconocimiento de los buenos servicios prestados por la milicia nacional de este pueblo; en el A. M. de Zumarraga, sección E, neg. 5, serie IV libro 1, exp. 26.



Hubo brotes de insurrección en todas partes; así en marzo de 1821 en Bizkaia, encabezado por Fernando de Zabala; o en abril en Araba, dirigido por Isidoro Salazar, el cura de Armiñón. Estos movimientos fueron, sin embargo, efímeros; pero en abril alcanzaron en dos ocasiones proporciones de rebeliones populares:

A principios de abril se sublevó en la provincia de Burgos el **Cura Merino**, temible jefe guerrillero de la guerra de la Independencia. El 19 de abril tuvo lugar en Salvatierra-Agurain, en Araba, un levantamiento al que se adhirieron unos 400 hombres; la rebelión duró apenas dos semanas y fue sofocada por tropas gubernamentales. El cabecilla de la sublevación fue José Ignacio de Uranga, guipuzcoano nacido en 1788 en Azpeitia, guerrillero en la guerra de la Independencia, y a la sazón subteniente y cabo del **resguardo montado** que existía entonces en Salvatierra-Agurain. En la primera guerra carlista llegaría a ser ayudante de campo de don Carlos.

La rebelión de Salvatierra-Agurain tuvo también sus repercusiones en Gipuzkoa, donde ya habían existido efímeros intentos de sublevaciones. Una parte de los rebeldes alaveses huyó ante la persecución de las tropas gubernamentales hacia la zona de Oñati; y de ahí, como seguían siendo perseguidos, ahora por milicianos nacionales de Gipuzkoa, pasaron a la zona de Otxandio, Bizkaia, donde fueron definitivamente dispersados, a finales de abril.

Al acabar la milicia nacional con este peligro, surgió otro, el 25 de abril:

"Diferentes jóvenes de Azpeitia y Azkoitia, alucinados por un eclesiástico de Oñate, salieron



*armados de su pueblo:...*⁹⁴

Hasta ahora no ha sido posible comprobar la identidad de este eclesiástico, pero era probablemente el cura oñatiarra José Manuel Villar, que antes ya había montado una partida en la zona de Oñati, la cual había sido también dispersada.⁹⁵ De todos modos, el nuevo intento de Azpeitia y Azkoitia no prosperó ante la vigilancia de la milicia nacional.

La creciente fuerza de los movimientos insurreccionales, y la constancia de conspiraciones realistas preocupaban al gobierno, de tal manera que el 30 de abril dictó esta real orden:

*"Las Cortes, ..., han decretado lo siguiente: Art.1º
Cualquiera persona, ..., que conspirase
directamente y de hecho a trastornar, o destruir, o
alterar la Constitución política de la monarquía
española, o el Gobierno monárquico moderado
hereditario que la misma Constitución establece,
..., será perseguido como traidor, y condenado a
muerte" .*⁹⁶

A pesar de esta mayor vigilancia del gobierno, la existencia de grupos armados insurrectos seguía siendo constante en varias provincias españolas, entre ellas Gipuzkoa. Los instigadores de los levantamientos fueron, en muchos casos, eclesiásticos, cuya situación había empeorado tanto desde la caída del absolutismo. Estos atraían a su causa a muchos campesinos descontentos con un gobierno cuyos objetivos no comprendían, y que se solidarizaban

⁹⁴ Carta de agradecimiento a las "Compañías de Voluntarios y Milicias Nacionales de Guipúzcoa ", del jefe político Conde de Villafuertes, del 3 de mayo de 1821, en el A. M. de Zumarraga, sección E, neg. 3, serie 1, libro 2, exp. 3.

⁹⁵ Véase sobre todo la relación en Lasa, **Jáuregu**; (véase nota 79), pp. 230-231.

⁹⁶ En el A. M. de Zumarraga, **ibid.**



con los eclesiásticos; la religión se vivía como factor de identificación colectiva.

A pesar de la calma existente en el proceso insurreccional durante el invierno de 1821/22, surgieron muchas más partidas en la primavera siguiente. La sublevación venía siendo un factor constante en la vida política española. Muchos antiguos guerrilleros de la guerra de la Independencia mandaron de nuevo partidas de guerrillas; así, por ejemplo, Zaldívar en Antequera, Cuevillas en Logroño, **El Abuelo** en Aranjuez, etc., y, sobre todo, el barón de Eroles y otros en Catalunya, cuya lucha culminó en la instauración de la **Regencia de Urgell**, el 12 de agosto de 1822.

También Tomás de Zumalacárregui pasó a las filas realistas. En verano de 1822 fue destinado a la guarnición de Pamplona-Iruñea. Sus simpatías realistas eran conocidas, y ante el inminente peligro de ser arrestado, se pasó en agosto a las tropas del general Vicente Quesada, que mandaba entonces la **División Real de Navarra**. Quesada le confió a Zumalacárregui el mando del 2º batallón, al que se incorporó como comandante de la fuerza expedicionaria que pasó en septiembre y octubre a Aragón, en apoyo de la **Regencia de Urgell**. Al término de la guerra realista Zumalacárregui había obtenido el grado de teniente coronel, y siguió ejerciendo su servicio en Pamplona-Iruñea.

Pero volvamos ahora a Gipuzkoa, donde otro héroe de la guerra de la Independencia, Gaspar de Jáuregui, también volvió a tomar las armas; pero esta vez en el lado constitucional. Fue llamado a mandar los batallones de voluntarios en persecución de las partidas, para lo que Jáuregui con su experiencia guerrillera era la



persona adecuada.

La insurrección había ganado muchas adhesiones desde que, por lo menos en el norte, fuera apoyada y dirigida por los grupos de realistas exiliados en Francia, o incluso por la **Regencia de Urgel**. El descontento popular, la solidaridad con el clero, y en Euskal Herria también la cuestión de los fueros, eran motivaciones para enrolarse en las filas realistas; pero podía haber otras razones, como las de una buena soldada, comida segura y un probable botín. Cuando la violencia de los dos lados contendientes aumentó, y los escasos efectivos constitucionales no podían enfrentarse con éxito a las guerrillas, muchos pueblos se vieron obligados a tomar una postura neutral, o incluso de apoyo a los insurgentes. Esta situación en los pueblos motivó al gobierno a promulgar, el 18 de junio de 1822, un llamamiento para una colaboración más eficaz con el fin de combatir a las partidas; este texto revela muy bien, por un lado, la existencia de simpatías hacia los insurrectos que existían en muchos pueblos, y describe, por otro lado, la táctica de guerrillas aplicada por las partidas:

"Las repetidas quejas que varios comandantes militares han dado al Rey por el poco zelo con que proceden algunos pueblos y autoridades subalternas en orden a facilitar a las superiores las noticias oportunas para contener a los facciosos en sus necias tentativas, han llamado la atención de S.M. .. Nada hay en efecto más perjudicial en el estado de hostilidad en que por desgracia se halla una parte, aunque pequeña, de la Nación, que el espíritu de egoísmo que motiva aquellas quejas, pues en vano se fatigará el soldado con marchas y pibaciones, si por falta de las noticias que deben facilitar los pueblos para sorprender a los facciosos, no pueden aprovechar la ocasión de batirlos en



aquellos puntos, en que sería fácil su exterminio, al paso que retirados a las montañas se les ataca con desventaja y cuando más se logra dispersarlos, volviendo a aparecer después con mayor animosidad y encarnizamiento".⁹⁷

A partir de mayo de 1822 se intensificó la sublevación en Gipuzkoa. Su indiscutible caudillo era Francisco María de Gorostidi, presbítero beneficiado de Anoeta y ex-guerrillero en la guerra de la Independencia, que se puso al frente de una conspiración realista. La mejor fuente para sus acciones es la "Relación histórica de las operaciones militares del cuerpo de guipuzcoanos realistas acaudillados por el presbítero coronel d. Francisco María de Gorostidi...: escrita por una comisión de oficiales del primer Batallón de Guipúzcoa...", en 1824. En ésta se escribió:

"Más de 400 jóvenes guipuzcoanos se ofrecieron con el mayor entusiasmo a salir al campo, bajo la dirección del presbítero Gorostidi en defensa de la Religión, del Rey y de los fueros de esta Provincia".⁹⁸

La mención de los fueros es interesante; aunque nos encontramos en años de una **españolización** de los conflictos que afectaban a la provincia de Gipuzkoa así como a Euskal Herria en su totalidad, pues no se olvidan los fueros que había que defender ante la política centralizadora de los liberales.

El número de combatientes, por otro lado, parece exagerado en

⁹⁷ En el A. M. de Zumarraga, sección E, neg. 3, serie 1, libro 2, exp. 9.

⁹⁸ **Relación histórica de las operaciones militares del cuerpo de guipuzcoanos realistas acaudillados por el presbítero coronel d. Francisco María de Gorostidi desde su formación en defensa de su religión y de su rey hasta la suspirada libertad de S.M. y su real familia**, escrita por una comisión de oficiales del primer Batallón de Guipúzcoa, Donostia 1824, p. 3; en la B.D.F.G., J.U. sign. 6370



aquel momento del levantamiento.

Cuando la partida de Gorostidi todavía se encontraba en el proceso de formación, otro eclesiástico, el presbítero Zulaica, y el teniente coronel retirado Aguirre se levantaron en Azpeitia con unos 60 hombres, el 16 de junio; pero tropas gubernamentales acabaron al cabo de unos pocos días con esta rebelión.

Quedó la partida de Gorostidi, la cual tuvo en verano sus primeras escaramuzas. Cuando la presión de las tropas liberales se hizo inaguantable pasaron a Nafarroa, a la Burunda, donde se encontraron con las tropas de Vicente Quesada. El 16 de julio, Gorostidi volvió con 40 hombres a Gipuzkoa, entrando en Oñati, donde la población los recibió bien. Allí se encontró con Uranga que había vuelto a formar una partida en Araba y se les unió una partida mandada por Pedro José de Iturriza. También algunos mozos oñatiarras se afiliaron en la partida de Gorostidi. De Oñati fueron a Segura para proveerse de armas y municiones de la milicia nacional. Por fin, Uranga volvió a Araba, y Gorostidi empezó sus incursiones por Gipuzkoa y Bizkaia.

A medida que la sublevación en Euskal Herria se extendió, aumentó la vigilancia del gobierno, y el 12 de agosto se declaró la guerra en el 50 distrito militar. Al mismo tiempo se promulgaron incesantes llamamientos a los insurrectos, para que dejaran las armas.

A pesar de algunos éxitos de la guerrilla de Gorostidi no podía resistir a las tropas constitucionales, mandadas en Gipuzkoa por Gaspar de Jáuregui, y a mediados de agosto se vieron obligados a pasar de nuevo a Nafarroa. En el pueblo de Madoz se encontraron los respectivos jefes de los sublevados en las provincias vascongadas: Gorostidi de Gipuzkoa, Uranga de Araba y Zabala de Bizkaia, en presencia de unos 1600 combatientes. El 24 de agosto se celebraron la primera **Junta General** para las tres provincias, y



acordaron la creación de una **Junta Gubernativa Superior** y el levantamiento de tres batallones por provincia. Los jefes militares eran Uranga, Zabala y Gorostidi, y el mando superior se lo encargaron al navarro Vicente Quesada.

A partir de este momento se generalizó la guerra en Euskal Herria. El batallón guipuzcoano de Gorostidi recorrió en los siguientes meses las provincias vascongadas con distinta suerte practicando la guerra de guerrillas. El 11 de septiembre de 1822 llegaron las tropas constitucionales con Gaspar de Jáuregui al monasterio de Arantzazu y lo saquearon, en represalia por los servicios que esta comunidad había prestado a los sublevados.

A finales de marzo y principios de abril de 1823, el primer batallón guipuzcoano unió sus fuerzas con las demás tropas realistas, españolas y francesas, que se concentraron en ambos lados de la frontera franco-española, en la zona de Irun y Vera. El día 6 de abril, por fin, tuvo lugar la invasión de los **Cien mil hijos de San Luis** franceses, auxiliados por los batallones realistas españoles. Al cabo de unos días se ocupó toda la provincia de Gipuzkoa; sólo la capital, Donostia, pudo resistir y no se rindió hasta el 3 de octubre. Mientras, las tropas constitucionales bajo el mando de Jáuregui se retiraron ante el avance francés; pasaron por Santander y Asturias hacia Galicia donde, finalmente, en septiembre fueron derrotadas y llevadas a Francia, en calidad de prisioneros de guerra.



8. "PRECARLISMO" EN LA OMINOSA DÉCADA

El decreto del 10 de octubre de 1823 que anuló todos los actos del gobierno constitucional marca el inicio oficial de la segunda restauración fernandina; la así llamada **ominosa década**. Dentro de lo posible fue restablecido el orden de las cosas que existía antes de 1820, tanto en lo económico como en las relaciones sociales, y se repoblaron muchos conventos. Pero lo que marca la pauta en los primeros años de la restauración fue la represión: Se implantaron comisiones de purificaciones, que hasta el año 1828 examinaron entre 30.000 y 100.000 casos acerca de la adhesión al absolutismo y la enemistad hacia el abolido sistema constitucional. Desgraciadamente no hay estudios acerca del trabajo de estas comisiones en Euskal Herria.

Por otro lado, el sistema represivo se vio entorpecido por problemas financieros, lo cual evitó que la represión fuera llevada hasta sus últimas consecuencias, e incluso obligó al rey a hacer ciertas concesiones a los círculos moderados.

Como el estado de la restauración ya no se fiaba del ejército y de sus oficiales, se creó, el 18 de abril de 1823, la nueva organización militar de los **Voluntarios Realistas**; esta milicia absolutista fue creada por un decreto de la **Junta Provisional de Gobierno**, y sustituyó a la milicia nacional liberal. La nueva milicia se componía, sobre todo, de los paisanos-guerrilleros que habían combatido al estado liberal. En los primeros años de su creación, el número de voluntarios realistas fue de unos 120.000. Veamos las normas para la adhesión a sus filas, que fueron dictadas el 10 de junio de 1823:

"... buena conducta, honradez conocida, amor a nuestro soberano y adhesión debida a la justa causa de restablecerle en su trono, y abolir



enteramente el sistema constitucional”⁹⁹.

La organización de los voluntarios realistas era descentralizada pero existía un inspector general. En un principio se reclutaron de las clases más pobres de la población; que era el sector más radical del absolutismo y creaba un ambiente de terror; lo que dejó atemorizado a cualquiera que todavía tuviera simpatías con el abolido sistema constitucional. Aunque los cuerpos de voluntarios realistas están todavía poco estudiados, se puede constatar que muchos de ellos se adhirieron posteriormente al carlismo.

A pesar de la importancia que la existencia de esta fuerza tuvo para la seguridad del régimen fernandino, las provincias vascongadas lograron que en sus territorios no se formaran cuerpos independientes de voluntarios realistas. Las juntas pudieron convencer al rey de que la fuerza de los tercios era suficiente para garantizar el orden en las provincias. En un reglamento especial del mismo 18 de abril de 1823, la subinspección en las provincias vascongadas les fue encargada a las autoridades locales.

En junio de 1826, el inspector general de los voluntarios realistas consiguió promulgar una "Adición al Reglamento para los Voluntarios Realistas del Reino, Correspondiente a las Provincias Vascongadas",¹⁰⁰ en la que se determinó, entre otras cosas, que de allí en adelante la denominación de tales cuerpos en las tres provincias vascongadas fuera la de **Voluntarios armados de Guipúzcoa, Vizcaya, y Alava**, respectivamente.

Según el inspector general de los voluntarios realistas, José María de Carvajal, la diputación de Gipuzkoa no respetaba las normas del

⁹⁹ Circular de la Junta Provisional de Gobierno del 10 de junio de 1823; en el Archivo Histórico Nacional (A.H.N.) en Madrid, Colección de Reales Cédulas, nº 3635, f. 1.

¹⁰⁰ **Adición al Reglamento para los Voluntarios Realistas del Reino. Correspondiente a las Provincias Vascongadas**, Madrid 1826, en la B.D.F. G.-J. U. 35.



reglamento, delegando partes de la responsabilidad de la subdelegación en los ayuntamientos. Carvajal intervino ante el rey, y consiguió, el 13 de enero de 1827, que el capitán general se encargara de la subinspección de voluntarios realistas en las provincias vascongadas; con esto se inició la creación de estos cuerpos en Gipuzkoa. El 11 de abril, finalmente, se mandó, por real orden, la disolución de los tercios y su sustitución por voluntarios realistas. La diputación protestó, y tuvo éxito, pues con un real decreto del 7 de junio de 1827 se volvió a la anterior situación, restableciendo el armamento foral y entregando de nuevo la subinspección a la diputación. Sin embargo, seguían existiendo los **voluntarios armados** en las provincias vascongadas.

Una excepción la representaba la villa de Oñati que no formaba parte expresa de la provincia de Gipuzkoa. Oñati tuvo desde agosto de 1823 su propia tropa de voluntarios realistas, llamada **Compañía de realistas de Oñate** que fue dirigida por Francisco José de Alzáa, el mismo que diez años más tarde sería el primero en Gipuzkoa en proclamar a don Carlos. La tropa de Alzáa constaba en mayo de 1825, de 82 hombres, y tenía como teniente a su hermano Joaquín Julián de Alzáa, el cual sería igualmente un célebre carlista. Parece que no había, al mismo tiempo, tercios en Oñati. Estos no se formaron antes de febrero de 1831, según un arreglo con la diputación de Gipuzkoa, con lo que, probablemente, desaparecieron los voluntarios realistas.¹⁰¹

En general se puede constatar que los voluntarios realistas pertenecían al partido de los absolutistas radicales. La escisión en el seno de los absolutistas tuvo lugar muy pronto; después de la restauración. Los más radicales se sentían defraudados por la concesión de una amnistía para liberales moderados, del 10 de mayo de 1824, y por la no restauración de la Inquisición. El

¹⁰¹ Ignacio Zumalde, **Historia de Oñate**, Donostia: Diputación de Guipúzcoa, 1957, p. 582



historiador de la época Bayo describió la escisión así:

"Originóse, pues, la división de los realistas en dos bandos, compuesto el primero de los que deseaban un gobierno ilustrado y conciliador, que sin alterar las formas esenciales de la monarquía previniese las revoluciones; y el segundo, de los que se negaban a toda transacción con las ideas del siglo y pensaban en el modo de que no resucitase el liberalismo era acabar en el patíbulo con sus individuos" .¹⁰²

Pronto se volvió a propagar la leyenda de la **cautividad** del rey, que estaba dominado por los liberales. Surgieron movimientos militantes que exigían una política absolutista más consecuente. Estos movimientos recibieron un fuerte respaldo de los voluntarios realistas, y se apoyaban ideológicamente en Carlos María Isidro, el hermano del rey.

Desde 1824 hubo varias conspiraciones absolutistas. En 1826 apareció el "Manifiesto de una Federación de Realistas Puros" , que circulaba en 1827 y atacaba furiosamente la política del rey, y proclamó a don Carlos como nuevo rey. Este manifiesto expresaba el descontento de los realistas por la conducta vacilante del rey ante los liberales. Este documento está, generalmente, considerado como la base ideológica del carlismo.

Después de algunas intentonas de insurrección de poca consideración estalló en 1827 la guerra de los **agraviados** (o de los **malcontents**, en catalán) en Catalunya, que fue un verdadero desafío para el gobierno de Fernando VII. Las primeras partidas de



insurrectos que se formaron en marzo y abril, fueron pronto sometidas. Pero en agosto se levantaron de nuevo, y esta vez se levantaron unos 30.000 hombres en armas contra Fernando VII. Los sublevados exigían el fin de la **cautividad** del rey y el restablecimiento del absolutismo y de la Inquisición. La rebelión tuvo su respaldo, principalmente, en el campo, lo que conduce a la conclusión de que una de las razones que llevaron a los campesinos a la rebelión fue la precaria situación económica que reinaba entonces en el campo. Para apaciguar el conflicto Fernando VII. tuvo que ir personalmente a Catalunya, para demostrar, que no estaba **cautivo**, sino en libertad. Lo llevó a efecto a finales de agosto, y a partir de entonces disminuyó la actividad de las partidas, que se apagó definitivamente con una acción militar consecuyente.

En relación con la revuelta en Catalunya hubo efímeras sublevaciones en otras partes de España, así también en Gipuzkoa: el cabecilla fue Ascensio Lausagarreta, comandante de los voluntarios realistas, antiguo guerrillero durante la guerra de la Independencia con Gaspar de Jáuregui, y combatiente en la guerra realista con Gorostidi, y a la sazón ilimitado con residencia en Antzuola, su pueblo natal. Junto a otros oficiales ilimitados se había hecho sospechoso de una actitud hostil contra el régimen y el rey, y, en prevención de posibles problemas, fue destinado, con orden del 20 de septiembre de 1827, a Daroca en Aragón. Lausagarreta, obviamente enterado de su próximo traslado, se ausentó de Antzuola. Por lo visto, reunió a algunos compañeros, y el 2 de octubre procedieron, en la vecina provincia de Araba, a la acción armada, que fue descrita por el entonces diputado general de Araba, Valentín Verástegui, en un llamamiento del 3 de octubre de 1827, con estas palabras:

¹⁰² Véase Estanislao de Kotska Bayo, **Historia de la vida y reinado de Fernando VII en España, con documentos justificativos, órdenes reservadas y numerosas cartas...**, tomo III, Madrid 1842, p.



"Una partida de diez a doce hombres se presentó a las nueve de la noche del día de ayer en el pueblo de Ullibarri-Arrazua, y sorprendiendo al Gefe de los Voluntarios Realistas armados, y sucesivamente algunas otras casas, extrajeron a la fuerza algunas armas, y tres Vestuarios, habiendo inmediatamente tomado dirección hacia la parte de Guipúzcoa, sin que hubiesen tocado en otro pueblo alguno.

Este acontecimiento, aunque insignificante en sí, ha llamado toda la atención de la Diputación general de Alava, que habiendo proclamado la Soberanía absoluta de su adorado Rey Fernando 7º declara guerra abierta a todo el que intente ultrajar su única legítima Autoridad, alterando la paz de sus vasallos, cualquiera que sea el pretexto con que quiera disfrazarse" .¹⁰³

Es interesante esta expresa condena de la acción ultra-realista por el diputado general Verástegui, el mismo que seis años más tarde sería el primero en Araba en proclamar a don Carlos.

Ascensio Lausagarreta y sus compañeros sublevados volvieron a Gipuzkoa y en los días siguientes entraron en varios pueblos, como Aretxabaleta y Legazpia, exigiendo raciones, y proclamando al rey absoluto y la inquisición. Sus intentos de atraer a más personas fracasaron y su partida no llegó a tener más de veinte individuos. La persecución por fuerzas del ejército acabó pronto con la revuelta, que, finalmente, llevó a la detención de Lausagarreta, efectuada el

189.

¹⁰³ Documento en el A.M. de Zumarraga, sección E, neg. 5, serie IV, libro 1, exp. 11



12 de octubre en la jurisdicción de Aramaio (Araba).¹⁰⁴

Las revueltas del año 1827 mostraron la adhesión de muchos voluntarios realistas al ultra-realismo, y Fernando VII empezó a desconfiar de ellos. Una cautelosa reforma militar aumentó en los próximos años de nuevo el poder y el número de efectivos del ejército regular, mientras que fue limitado el poder de los voluntarios realistas. Sin embargo, en 1832 contaban todavía con 120.000 hombres, ligados al absolutismo radical: potencial humano del naciente carlismo. Durante los sucesos de este año, culminados en septiembre, en La Granja, se hicieron obvias las contraposiciones entre Fernando VII y su hermano Carlos. En vista del peligro que representaban los voluntarios realistas para el régimen, se pusieron sus fondos financieros, hasta entonces autónomos, bajo el control del gobierno. Cuando a finales de 1832 murió el inspector general Carvajal, su cargo no volvió a ser provisto.

El gobierno fernandino llevó a cabo, apresuradamente, depuraciones en las filas de voluntarios realistas y en el ejército, hasta el relevo de capitanes generales. Cambiaron igualmente gobernadores militares, entre los que se destacarían luego en el carlismo Juan Romagosa, que cesó en Ciudad Rodrigo, y Santos Ladrón, que tuvo que dejar su mando en Cartagena. Los relevos afectaron también a jefes de unidades, como fue el caso de Tomás de Zumalacárregui, a la sazón coronel en el Ferrol.

Mucho se ha discutido acerca de los orígenes de un partido **carlista**; remontando sus orígenes hasta el "Manifiesto de los Persas" del año 1814. Hoy en día no se mantiene esta opinión, e incluso se pone en

¹⁰⁴ En los archivos se encuentra una interesante cantidad de documentos que se refieren a Lausagarreta y a su fracasado levantamiento; así sobre todo en el A.M. de Zumarraga, *ibid.*; en el A.M. de Bergara, B-12; y mucha documentación en el A.D.F.A., DH1536-6, DH1713-5 y DH 1828-1. Como el levantamiento como tal carecía de mayor importancia, su relato queda aquí muy resumido, a pesar de la abundante documentación



duda si existiese un partido **carlista** anterior a 1827. El "Manifiesto de una Federación de Realistas Puros" de noviembre de 1826, y las rebeliones del año 1827 sentaron las bases del futuro carlismo y acentuaron las posiciones políticas. No obstante, hoy se prefiere hablar de **precarlismo**, cuya coincidencia con el carlismo pleno no está dada aunque sí había una cierta continuidad en el núcleo de personas que apoyaban esta postura.

Aunque don Carlos no se pronunció nunca claramente sobre el caso, la existencia de conspiraciones carlistas desde 1830 es un hecho. A partir de entonces es indudable la existencia de una opinión decidida en favor de don Carlos en los altos niveles de la política, la Iglesia, y el ejército. Finalmente, a partir de los sucesos de La Granja en septiembre de 1832, las posturas estaban claramente definidas.

El preámbulo de la guerra civil estuvo marcado por una abundante cantidad de pequeños movimientos en favor de don Carlos. Uno llegó a ser importante: fue la sublevación de los voluntarios realistas en León en enero de 1833, que fue abiertamente apoyada por el obispo Rafael Abarca. Después de la represión del levantamiento Abarca huyó a Portugal; y pronto sería el primer ministro universal de don Carlos.

La composición del partido carlista estaba por entonces clara: voluntarios realistas, antiguos combatientes realistas, eclesiásticos, y purgados del ejército. Lo que todavía faltaba era la base popular, la que no se hizo realidad sino después de la muerte de Fernando VII, el 29 de septiembre de 1833.



9. LA PRIMERA GUERRA CARLISTA: DE UN EJERCITO DE GUERRILLAS HACIA UN EJERCITO REGULAR

La primera guerra carlista fue la culminación de la situación conflictiva que se había desarrollado a lo largo del siglo XIX. Hay una serie de razones para explicar esta explosión bélica, que tuvo su mayor intensidad en Euskal Herria: La superpoblación relativa, el desempleo a causa de la recesión económica con el consiguiente empobrecimiento de las clases rurales y del artesanado urbano, y la represión política y económica de las provincias vascongadas por parte del estado. En lo que se refiere a la superpoblación, basta señalar una cita que da Fernández Albadalejo:

*«En una fecha límite como 1832, se escribía que «en Guipúzcoa habrá sobre 20.000 familias que necesitan vivir de su trabajo, pero no habiendo ni con mucho ese número de fincas arrendables, y menguada ya la ocupación que daba la industria, imponen los propietarios la ley al colono», añadiendo, además, que «no hay pueblo donde una infinidad de mancebos no esté esperando la vacante de un caserío para contraer el matrimonio convenido desde mucho antes».*¹⁰⁵

Había crecimiento económico, pero éste se mantenía debajo del demográfico, y, además, eran pocos los que se beneficiaban. El empeoramiento general aumentaba la conflictividad social. La ocupación napoleónica y la consiguiente penetración de ideas

¹⁰⁵ Citado de la **Memoria justificativa de San Sebastián**, pp. 29-31, por Fernández Albadalejo, **ibid.**, pp. 227-228.



liberales agravó las contradicciones en la sociedad vasca. La guerra significaba un duro golpe económico; pero los años de relativa paz durante las dos restauraciones fernandinas no habían permitido una mejora, pues el anacrónico sistema político y económico estaba condenado a un prolongado marasmo.

La población rural era la que más sufría. El proceso de concentración de la tierra en manos de unos pocos, con la simultánea subida de las rentas, estaba acompañado por la enajenación de los bienes comunales, que en Gipuzkoa ya se había verificado, en su mayor parte, antes de 1814. Aunque esto podría haber sido una oportunidad de aumentar la distribución de tierras entre los campesinos, los que más se aprovecharon fueron aquellos que solían ser colaboradores de los franceses, liberales socialmente ajenos al campesinado.

La iglesia sufrió menos en la guerra de la independencia, pero las desamortizaciones del trienio constitucional, en el que sólo se profundizaron las diferencias de clases, confirmaron definitivamente la tendencia hacia la nueva alianza antiliberal clero/ pueblo.

Al final de la trayectoria que hemos recorrido en el presente trabajo, y que desembocaría en la primera guerra carlista, los grupos sociales opuestos estaban bien delimitados. Por un lado tenemos a los defensores del sistema liberal, sobre todo los burgueses comerciantes y fabricantes, pero también la casi totalidad de la nobleza que había sido ganada por la política económica del liberalismo. Por el otro lado, el que fuera carlista, estaban los pequeños y medianos campesinos, el artesanado urbano empobrecido, la mayor parte del clero, y también, y esto es de mayor importancia, los tradicionales notables rurales medios, que representaban en las provincias vascongadas la mayoría de las autoridades forales. Estos últimos no se habían enriquecido con la política liberal, y veían sus tradicionales privilegios amenazados por



la burguesía y por la política antiforal del gobierno central.

Con estas observaciones entramos, por fin, en el tema de los fueros, cuyo influjo en el respaldo del carlismo en Euskal Herria es innegable, aunque muy discutido y todavía no totalmente aclarado. En principio don Carlos y su corte desconocieron el problema foral, y hasta el 18 de marzo de 1834 no se halla mención al respecto. Pero entonces, en una carta enviada a Zumalacárregui, escribió:

"Vosotros (los mandos militares y las autoridades vascas) sabéis lo que conviene a esas provincias en el orden civil y administrativo. Sentado sobre mi solio he de conservar sus fueros" .¹⁰⁶

Desde 1834, la actitud de don Carlos se caracterizó por su cuidado en no herir la susceptibilidad foral de los vascos, dándoles constantes seguridades en este sentido.

Esta conducta de don Carlos es generalmente calificada como fruto de las circunstancias. Lo que es indudable es que los vascos se levantaron para defender y conservar sus libertades. Con esta condición tomaron las armas, como se ve expresamente en las primeras proclamas en favor de don Carlos: Valentín Verástegui en Araba el 7 de octubre de 1833, y el día siguiente Francisco José de Alzáa en Oñati. También Tomás de Zumalacárregui exigió el 14 de noviembre en Estella-Lizarra, cuando tomó el mando de general en jefe de las fuerzas carlistas, su "adhesión a los fueros y leyes de este reino (el de Navarra)".¹⁰⁷

La sensibilidad respecto a la defensa de los fueros había crecido constantemente durante los últimos años. El estado de la

¹⁰⁶ Citado por Evarist Olcina, **El carlismo y las autonomías regionales**, Madrid: Seminarios y ediciones, 1974, p. 160.



restauración fernandina había demostrado, que no era capaz de garantizar el mantenimiento de los fueros, pues en los años de la **ominosa década** habían sido violados varias veces con la recaudación de un **donativo voluntario** en las provincias exentas, con amenazas de someterlas a quintas, y con una política hostil contra las aduanas interiores.

El grupo social que más vehementemente defendía los fueros era el de los tradicionales notables rurales que tenía gran peso en las instituciones forales. Este grupo formaría durante la guerra la elite del carlismo en las provincias vascongadas; ellos elevarían el fuerismo al nivel de doctrina política. Sin la dirección de este grupo, el pueblo vasco no habría defendido, probablemente, con tanto empeño la causa de sus fueros, porque, aunque la vida se desarrollaba en el ámbito foral, éste no era cuestión del debate público; lo que el pueblo llano defendía era, más que nada, la **legitimidad del rey**.

Otra condición para el desenlace del conflicto bélico era la experiencia de las repetidas crisis vividas durante más de medio siglo, con **matxinadas** y agitación rural en el siglo XVIII, con el aumento de bandoleros y contrabandistas, con la movilización popular en la guerra de la Convención y sobre todo en la guerra napoleónica, y con el levantamiento popular durante el trienio constitucional. Esta larga experiencia insurreccional facilitaba la disposición del pueblo de alzarse en armas contra el gobierno. Dentro de este potencial de población en las provincias vascongadas, fueron sobre todo los individuos procedentes de las milicias y guerrillas anteriores, los que no vacilaron en tomar de nuevo las armas.

Además, ya existía una organización preparada para este fin, que

¹⁰⁷ **Ibid.**, p. 161.



eran los cuerpos de voluntarios armados (el equivalente vasco a los voluntarios realistas), que habían alcanzado, en los últimos años, el número de 4.958 individuos. De sus filas procedían algunos de los principales caudillos carlistas, como Valentín Verástegui en Araba, Francisco Iturralde en Nafarroa y Pedro Novia de Salcedo en Bizkaia. Los elementos más radicales del absolutismo en las provincias vascongadas habían sido protegidos por las autoridades forales, cuando tras los sucesos de La Granja, en septiembre de 1832, el gobierno llevó a cabo depuraciones en el ámbito de las fuerzas armadas.

Faltaba otra condición para que la mayor parte del pueblo vasco y sus representantes pudieran decidirse a favor de don Carlos como defensor de sus ideales políticos y sociales; y ésta fue la muerte del legítimo rey Fernando VII, el 29 de septiembre de 1833.

Desde principios de octubre hubo sublevaciones en toda España. La primera fue la del administrador de correos de Talavera, Manuel María González, el 3 de octubre, al frente de un grupo de voluntarios realistas. Por haber sido el primero, la historiografía le ha dado más importancia de la que merece, pues no tuvo consecuencias relevantes.

Mayor entidad tuvo el levantamiento en Castilla la Vieja producido en los días siguientes. Sus principales cabecillas fueron los guerrilleros de la guerra de la Independencia el **Cura** Jerónimo Merino, Ignacio Alonso Cuevillas y Basilio García. Se encargó el mando superior a Merino, a cuyas órdenes estaban al principio unos 10.000 hombres. Pero esta rebelión fue pronto aplastada por las tropas gubernamentales al mando del brigadier Lorenzo.

La primera sublevación en Euskal Herria tuvo lugar el 3 de octubre en Bilbao. A su frente estaba el brigadier y ex-guerrillero Fernando de Zabala, a quien se unió el coronel de voluntarios realistas Pedro



Novia de Salcedo. Más personajes de prestigio se sumaron al levantamiento, como el marqués de Valdespina, y las autoridades anticarlistas se vieron obligadas a huir u ocultarse. También el clero se adhirió a los carlistas, lo que determinó el triunfo de éstos en Bilbo y en el señorío de Bizkaia.

En vista de los acontecimientos, el capitán general Castañón dispuso una expedición armada a Bizkaia, que partió de Donostia el día 5 de octubre. Tres días más tarde decidió volver, desde Azkoitia, a Tolosa, por considerar sus tropas insuficientes para garantizar la seguridad de la propia provincia de Gipuzkoa, que ya se veía sometida a incursiones de partidas alavesas y vizcaínas.

La rebelión en Araba siguió a la vizcaína. En Vitoria-Gasteiz se puso un miembro de la nobleza local, Valentín Verástegui, al frente de la sublevación; él había sido en años anteriores diputado general de la provincia, y era a la sazón comandante de voluntarios armados. El 7 de octubre, Verástegui se impuso en Vitoria-Gasteiz y publicó una proclama que mencionaba agravios forales. El mismo día 7 se sublevaron en Salvatierra-Agurain el ex-guerrillero José Ignacio de Uranga y Bruno Villarreal.

Mientras que en Araba y Bizkaia las sublevaciones empezaron en las capitales y fueron al principio dirigidas desde ellas, la rebelión en Gipuzkoa tuvo otro carácter. Tanto la capital Foral Tolosa como la ciudad de Donostia permanecieron bajo control gubernamental. Así, el levantamiento vino del interior. El primero en pronunciarse fue Francisco José de Alzáa con sus antiguos realistas armados de Oñati, mencionando, igualmente, la defensa de los fueros. Este primer paso insurreccional fue seguido por rebeliones en toda la provincia en los días sucesivos. Normalmente entraron grupos armados en los pueblos, proclamando al rey Carlos V y exigiendo la entrega de las armas de los ayuntamientos; así ocurrió en Azkoitia,



Azpeitia, Irun y muchos otros pueblos.¹⁰⁸

Más peligrosa aún fue la situación en la zona alta de Gipuzkoa. Después de pronunciamiento en Oñati, Alzáa se presentó, el 12 de octubre, con unos 40 ó 50 hombres en Beasain y Ordizia, exigiendo el armamento y vestuario de los tercios forales, y marchándose luego en dirección a Segura y Zegama, donde estaría luego su centro insurreccional, junto con Oñati.

En Segura ya se había puesto a la cabeza del levantamiento Ignacio Lardizábal, y había establecido en este pueblo su cuartel general. Desde allí envió como comandante general de operaciones de Gipuzkoa un oficio a todos los pueblos guipuzcoanos, mandando que se reuniesen todos los mozos solteros desde 18 a 40 años y que se procediese al sorteo de dos mozos por cada fuego que los pueblos tuviesen en las juntas generales, número que en su totalidad correspondía a la movilización de 4.662 hombres de los tercios forales. En lo sucesivo, este llamamiento fue repetido, y los pueblos respondieron según sus simpatías políticas y según su disponibilidad de mozos.¹⁰⁹

Desde el principio de la guerra carlista se notan los esfuerzos de los sublevados por legitimar la insurrección hasta el punto de reclamar el levantamiento de tercios forales, un ejército regular, a pesar de aplicar la táctica de guerrillas. También en el marco político-administrativo se tomó inmediatamente la iniciativa, convocando, con fecha del 12 de octubre, las Juntas Generales para el 16 del mismo mes en Azpeitia; sin embargo, esta junta no se llegó a realizar. El 18 y 19 de octubre, los jefes insurrectos procedieron al nombramiento de una Diputación a guerra, con el comandante

¹⁰⁸ Véase José Berruezo, "Cómo comenzó la Guerra Carlista en Guipúzcoa" en: **Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País**, año XIII (1957), cuaderno 2º, pp. 105-108.



general Lardizábal al frente.

Mientras, la diputación oficial de la provincia de Gipuzkoa se había trasladado, el 9 de octubre, de Azpeitia a Tolosa. En vista de la gravedad de la situación se celebraron juntas desde el 17 hasta el 21 del mes, para tomar medidas urgentes. Una de ellas fue la formación de una columna volante de 400 hombres, a cuyo frente se puso a Gaspar de Jáuregui, que todavía se encontraba en el exilio francés, en Baiona, pero que ya había ofrecido su ayuda. De nuevo observamos, que los gobernantes consideran al ex-guerrillero Jáuregui como el hombre más propicio para combatir a los guerrilleros carlistas.

Al día siguiente de la terminación de la junta -el 22- empezó el ataque carlista a Tolosa, que pudo ser rechazado por las tropas que ya estaban mandadas por Jáuregui. La diputación ya no se sintió segura en Tolosa, y se retiró rápidamente a Donostia. El 6 de noviembre le siguieron las tropas de la guarnición, con el capitán general Castañón.

Ahora, Tolosa estaba indefensa y las tropas carlistas al mando del guipuzcoano Lardizábal y del vizcaíno Martín de Bengoechea ocuparon la villa. Inmediatamente procedieron al alistamiento de los mozos, formando de este modo el 3^{er} batallón de Gipuzkoa. Cuando, el 23 de noviembre, los carlistas desalojaron de nuevo Tolosa, volvieron pronto las tropas cristinas para seguir siendo dueños de la villa hasta mediados de 1835.

El 8 de noviembre, cuando Castañón ya se había retirado a Donostia, impuso la Ley Marcial en Gipuzkoa, como antes había hecho, el 14 de octubre, en Bizkaia y Araba. Los carlistas

¹⁰⁹ Véase las respuestas de los ayuntamientos guipuzcoanos a diversos llamamientos al levantamiento de mozos, de finales del año 1833, en el A.G.G., fondo topográfico (carlista), caja 141.



dominaban, de momento, la situación, pero pronto iban a sufrir los primeros reveses. El brigadier Lorenzo ya había vencido la sublevación castellana; ahora fue incorporado a las tropas del general Sarsfield; y juntos avanzaron hacia Euskal Herria. El 21 de noviembre tomaron Vitoria-Gasteiz, y el día 25 entraron en Bilbo, concediendo un indulto y prometiendo respetar los fueros. A las derrotas carlistas se unió la retirada de Tolosa.

El país se quedó entonces dividido: los núcleos urbanos importantes estaban ocupados por las tropas gubernamentales, mientras que las montañas del centro del país estaban dominadas por los carlistas y allí operaban las tropas guerrilleras de Uranga, Zabala, La Torre, y otros jefes. Una de las zonas preferidas de retirada carlista era la de Oñati, Zegama y Segura, en las inmediaciones del camino real. La situación en esta zona fue extremadamente confusa por la constante presencia de los dos ejércitos enemigos. Así, poseemos el testimonio documental, de que las tropas carlistas pidieron al ayuntamiento de Beasain, el 2 de diciembre, 300 raciones de víveres, y cuatro días más tarde, tropas gubernamentales procedieron a lo mismo, demandando 250 raciones.¹¹⁰

Por parte de las autoridades cristinas se promulgaron varios llamamientos para que los sublevados dejaran las armas, prometiéndoles el indulto. Por otro lado, solicitaron frecuentemente a los ayuntamientos las listas de los individuos que se habían ausentado de sus pueblos y adherido a las tropas carlistas.

Después de las derrotas del carlismo en las provincias vascongadas, su fuerza debía ser reorganizada en Nafarroa. En el virreinato, que pronto se convertiría en el corazón del carlismo, los comienzos de la rebelión no fueron fáciles. Las primeras tropas sublevadas fueron organizadas por Francisco Iturralde, uniéndose luego a las del

¹¹⁰ En el A. M. de Beasain, en la caja "**Documentación de guerras**".



brigadier Santos Ladrón, que acababa de volver a Nafarroa. Al mando de éste se libró, en los alrededores de Los Arcos, el 11 de noviembre, una batalla campal contra las tropas gubernamentales mandadas por Lorenzo, que terminó con la total derrota de los carlistas, y con el fusilamiento de Santos Ladrón, el 14 de noviembre en Pamplona-Iruñea.

A pesar de esto, los carlistas navarros se reorganizaron enseguida, y se reunieron el 15 de noviembre en Estella-Lizarra constituyendo la Junta Gubernativa de Navarra. Aunque Iturralde gozaba de un peso importante, la junta proclamó como comandante de Nafarroa a Tomás de Zumalacárregui, que había salido de Pamplona-Iruñea en los primeros días de noviembre para incorporarse a los sublevados.

Zumalacárregui procedió inmediatamente a la reorganización de las tropas carlistas. Su genio militar convenció a los carlistas de las provincias vascongadas, y sin que hubiera emprendido ninguna acción de guerra, se le subordinaron formalmente las tropas carlistas de Euskal Herria, a principios de diciembre. La supremacía de Zumalacárregui, que fue pronto confirmada por sus victorias militares, fue reconocida también por los jefes carlistas de otros territorios, como es el caso del **Cura Merino**, en Castilla.

La jefatura de Zumalacárregui no fue reconocida oficialmente por don Carlos, desde Portugal, hasta que lo efectuó en una carta del 18 de marzo de 1834; en ella se le nombró mariscal de campo y se le concedieron plenos poderes militares. Aún después de la llegada de don Carlos a Nafarroa, en julio de 1834, Zumalacárregui decidía prácticamente solo; fue ascendido a teniente general y sus decisiones tácticas fueron normalmente aceptadas, hasta el sitio de Bilbo, que fue emprendido en contra de la opinión de Zumalacárregui.

Con Tomás de Zumalacárregui estaba un militar al frente de las



tropas carlistas que había recibido su instrucción en la guerrilla de la guerra de la Independencia. Aunque el respaldo popular en las zonas rurales fue amplio, los carlistas se hallaban todavía lejos de dominar el territorio. La superioridad de las tropas gubernamentales obligó a Zumalacárregui a volver a aplicar la táctica de guerrillas, como lo había hecho, con Jáuregui al frente, en la guerra contra Napoleón.

Tres sistemas de guerra sucesivos serían empleados bajo el mando de Zumalacárregui: de diciembre de 1833 hasta mediados de 1834 dominó la táctica de guerrillas; en la segunda etapa, de mediados de 1834 hasta mediados de 1835 se procedería a la del control del territorio rural y de las comunicaciones, para pasar luego al objetivo de la conquista de plazas fortificadas. Más bien podemos denominar la táctica empleada por Zumalacárregui como **táctica mixta**.

En la primera etapa, hasta mediados de 1834, las fuerzas carlistas practicaron una guerra de sorpresas y de hostigamiento. En vista de la superioridad de las tropas gubernamentales, Zumalacárregui evitó enfrentamientos directos; en las pocas ocasiones en las que los aceptó, fue cuando la victoria estaba prácticamente segura. La base de sus planteamientos estratégicos fue siempre la insuperable movilidad de sus hombres y el perfecto conocimiento del terreno. Las coincidencias con la guerra de la Independencia son obvias: el ejército cristino, superior en fuerzas y en equipamiento, no podía vencer por tener enfrente un enemigo omnipresente y al mismo tiempo invisible. La táctica mixta la describió el historiador tradicionalista Melchor Ferrer así:

"(Zumalacárregui), de la casi nada, con tenaz perseverancia, hizo un ejército, invencido mientras él lo mandó: ejército disciplinado, en formaciones perfectas y en perfecto orden de batalla, cuando



las oportunidades del combate a gran escala así lo exigían, pero que fue siempre también guerrillero, dispersándose en el momento que convenía, para reunirse en la ocasión oportuna,..."¹¹¹

Una interesante descripción de la táctica mixta se encuentra también en las memorias de un contemporáneo de la guerra carlista, del oficial de caballería Charles Frederick Henningsen, inglés, que luchó en las filas de Zumalacárregui:

"El plan de Zumalacárregui, ... no era ni el de abolir completamente ni el de adoptar en su totalidad el sistema de guerrillas, sino combinarlo, en tanto en cuanto fuera posible, con el método de lucha empleado por los ejércitos disciplinados, haciendo uso de uno o de otro, y a veces de ambos, según las circunstancias" . ¹¹²

A pesar de todas las similitudes con la táctica de la guerrilla de la guerra de la Independencia, había una notable diferencia: los objetivos de la guerrilla no podían ser sólo el hostigamiento, el entretenimiento y la desmoralización del enemigo, sino que había que luchar avanzando para lograr la victoria final. C.F. Henningsen comprendía perfectamente la táctica de Zumalacárregui y nos legó una excelente descripción:

"Siempre fue el sistema de este gran jefe ... al encontrarse en gran inferioridad numérica y con tropas menos aguerridas, no sólo llevar a cabo una guerra de sorpresa y destrucción, en detalle, como

¹¹¹ Melchor Ferrer, Domingo Tejera y José F. Acedo, **Historia del tradicionalismo español**, tomo III, Sevilla: Trajano, 1942, p. 224.

¹¹² Charles Frederick Henningsen, **Campaña de doce meses en Navarra y las Provincias Vascongadas con el General Zumalacárregui**, publicado en inglés en 1836, Madrid 1935, p. 369.



había hecho Mina..., sino acostumbrarlos a operaciones de mayor escala. Los montañeses en sus montañas, ..., son difíciles de someter, y muchas veces rechazan con éxito una invasión extranjera. Pero en una guerra civil el caso varía. Su objeto no era sólo mantenerse y vigilar el desarrollo de los acontecimientos (el plan que adoptó Mina en la guerra contra los franceses), sino vencer y destruir los ejércitos del gobierno por algún medio más rápido, y conducir al monarca, cuya causa defendía, a Madrid" .¹¹³

Henningsen reconocía muy bien este objetivo final, por el que Zumalacárregui estaba obligado a desarrollar sus planteamientos tácticos lo más pronto posible con la perspectiva de disponer de un ejército regular.

En la segunda mitad de 1834 ya se dispuso de una determinada base territorial, sobre todo en Nafarroa y en zonas montañosas de Gipuzkoa y Araba, para asegurar la retirada de las unidades regulares del ejército carlista. No obstante, se mantuvieron las partidas, cuya función fue descrita por otro extranjero que luchaba en las filas carlistas, el francés barón Hermann Du-Casse:

"Contábamos además con algunas partidas o cuerpos volantes que obraban a voluntad de sus gefes. Interceptaban los correos, precedían a nuestras marchas para descubrir el terreno, y hostilizaban al enemigo en las suyas. Las partidas más nombradas eran, en Navarra, la de Manolín, y en

¹¹³ **Ibid.**, pp. 129-130



Guipúzcoa, la de los hermanos Autamendi" .¹¹⁴

Claro está, que muchos grupos de bandoleros se enrolaban también en las filas del carlismo. Eran lugareños expertos en el terreno y disponían de refugios y de contactos informativos. Como se trataba de defensores de la causa carlista, estos bandoleros estaban prácticamente legitimados a cometer robos y saqueos, siempre que se efectuaran contra partidarios del gobierno cristino. En esto tenemos otra semejanza con la guerra de la Independencia.

De todas maneras, en los territorios de Euskal Herria era una verdadera guerra popular. En las zonas rurales, el pueblo, en su gran mayoría, apoyaba al ejército carlista y a sus tropas auxiliares, las guerrillas, con suministros, con la curación de enfermos, y con informaciones acerca de los movimientos del enemigo. Esto último lo describió el corresponsal inglés Stephens relatando una entrevista con mujeres de Lazkao acerca de su actitud en relación con la batalla de Lazkao, en la que los carlistas habían vencido a los soldados de Jáuregui, el 3 de octubre de 1834:

"Así era. Las mujeres del pueblo se hallaban en el mayor peligro animando y exhortando (a los suyos), y facilitar a las tropas del rey informaciones acerca de cualquier paso del enemigo, arriesgando sus vidas".¹¹⁵

Dentro de los intentos de convertir las fuerzas carlistas en un ejército regular, se intentaba, también, darles un aspecto homogéneo,

¹¹⁴ Barón Hermann Du-Casse, **Ecos de navarra, o Don Carlos y Zumalacárregui: hechos históricos, detalles curioso, y recuerdos de un oficial carlista**, Madrid, 1840, p.22.

¹¹⁵ Traducción del autor; original en inglés: "So it was. The women of the village were in the midst of danger, exhorting, encouraging and giving intelligence to the kings troops of every motion of the enemy, at the risk of their lives ". de Edward Bell Stephens, **The basque provinces: their political state, sce-**



proveyéndolas de uniformes. Esto era difícil y costoso, pero poco a poco se consiguió, al menos, darles las prendas características de los carlistas, que eran la txapela, la canana y el saco-morral (una especie de mochila ligera). No obstante, la vestimenta de gran parte de las tropas carlistas era la de un auténtico ejército de guerrilleros, con ropa o uniformes arrebatados al enemigo. A medida que las posibilidades económicas lo permitían, se trataba de uniformar a todas las tropas.

Ya se ha mencionado, que en la provincia de Gipuzkoa fue otra vez la zona de Oñati la que se convirtió en el centro insurreccional, igual que en la guerra de la Independencia y durante el trienio constitucional. Desde mediados de 1834, esta zona estará, prácticamente sin interrupción hasta el final de la guerra, dominada por los carlistas; incluso don Carlos llegó a establecer su corte en Oñati en varias ocasiones.

Las tropas gubernamentales intentaron frecuentemente desalojar a los carlistas de Oñati. Uno de estos ataques, el del 1º de junio de 1834, efectuado por la tropa de Jáuregui, fue relatado por el entonces comandante general del **Ejército Real Guipuzcoano**, Bartolomé Guibelalde, e impreso en la publicación oficial carlista, el "Ejército del Rey N.S. Don Carlos 5º en Navarra". Este relato es particularmente interesante, porque da cuenta del proceso de transición de las tropas carlistas de un ejército irregular hacia uno que luchaba con un orden y con instrucción militar:

"Esta importante acción que ha tenido por resultado causar al enemigo una enorme pérdida ..., ha debido servirle de lección muy amarga, y desengañarle de que los defensores de Carlos 5º no

nery, and inhabitants; with adventures amongst the carlists and christinos, tomo I, Londres, 1837, p. 50.



*son ya pelotones de paisanos sin instrucción, sino Voluntarios aguerridos e instruidos,...*¹¹⁶

El dominio de los carlistas en esta zona de Gipuzkoa no pudo evitar, sin embargo, que en agosto del mismo año 1834 entrara un ejército de 11.000 soldados al mando de José Ramón Rodil, el entonces general en jefe del ejército del Norte. Una tropa de voluntarios guipuzcoanos enviada por él, incendió, el 19 de agosto, el santuario de Arantzazu, en castigo por el apoyo que esta comunidad estaba prestando a los carlistas; se suponía, incluso, que allí se estaba fabricando la pólvora para las tropas carlistas.

Para completar el cuadro de las tropas carlistas, que aquí se está esbozando, añado unas pocas informaciones acerca de las fuerzas-numéricas de dicho ejército: Desgraciadamente no existe ninguna información acerca de los combatientes en las guerrillas, comprensible, por otro lado, porque siempre era un objetivo de los altos mandos carlistas el presentar la imagen de un ejército regular, y no de uno de guerrilleros. Existe, pues, un "Estado aproximativo de las fuerzas que componen el ejército del Rey nuestro señor en Navarra y Provincias Vascongadas", de marzo de 1835: en él se señala que las fuerzas totales en las cuatro provincias estaban constituidas por unos 22.600 soldados, a los que la provincia de Gipuzkoa contribuía con 3.200, en "cuatro batallones, una compañía de guías y diferentes partidas de bloqueo".¹¹⁷ Estas fuerzas se incrementarían en Gipuzkoa, a lo largo de la guerra, hasta un total de ocho batallones, con unas fuerzas de entre 600 y 850 hombres cada uno.

¹¹⁶ Ejército del Rey N.S. Don Carlos 5" en Navarra, número 22, Boletín del día 12 de junio de 1834, en: Colección de los Boletines publicados en Navarra, tomo 1; en el Museo Zumalacárregi, Ormaiztegui.

¹¹⁷ Así descrito en dicho "Estado aproximativo...", en una "Circular a los agentes diplomáticos carlistas" del 18 de marzo de 1835; citado por José Carlos Clemente, **Bases documentales del carlismo y de las guerras civiles de los siglos XIX y XX**, tomo I, Madrid: Servicio Histórico Militar, 1985, pp. 236-237.



No es el objetivo de este trabajo, dar una visión total del desarrollo de la primera guerra carlistas, por lo que esto será aquí esbozado en pocas frases: Los ejércitos cristinos no lograron apaciguar el levantamiento en Euskal Herria, a pesar del empleo de enormes contingentes de tropas y de los mejores generales; en el puesto de general en jefe del ejército del Norte se alternaron, sólo en el año 1834, el general Valdés, el ex-compañero de armas de Zumalacárregui Vicente Quesada, el general Rodil, y el héroe guerrillero de la guerra de la Independencia Espoz y Mina.

Vicente Quesada intentó lograr el fin del alzamiento por medio de la negociación, pero fracasada ésta en abril de 1834, se propuso hacer una guerra de represión violenta. Zumalacárregui reaccionó con la puesta en práctica de una guerra de terror a base de fusilamientos de prisioneros.

Desde la segunda mitad de 1834, la dominación del territorio por los carlistas se hizo cada vez más efectiva. El mismo general Espoz y Mina como gran conocedor de la guerra de guerrillas no pudo hacer nada contra ello, y el año 1835 empezó con una importante victoria carlista, el 2 de enero en Ormaiztegi.

En abril de 1835 Valdés tomó de nuevo el mando como general en jefe, sustituyendo a Espoz y Mina. El tiempo de su segundo mandato está marcado por su gran derrota en las Améscoas, el 22 de abril. Después de este desastre, Valdés ordenó la retirada y se conformó, entonces, con el establecimiento de una línea de contención del carlismo en el Ebro, y con el mantenimiento de las plazas fortificadas.

La retirada del ejército de Valdés supuso para las tropas carlistas un importante avance en su afán de dominación territorial. Después de un avance desde Nafarroa hacia Araba, la guerra se trasladó a Gi-



puzkoa, donde las diversas guarniciones, bajas de moral y sin apoyo, cayeron una tras otra: Ordizia, Tolosa, Bergara y Eibar fueron ocupadas por los carlistas entre el 1 y el 11 de junio; Espartero fue derrotado en un ataque por sorpresa en el Alto de Deskarga. A mediados del año 1835 el carlismo dominaba gran parte de Euskal Herria.

El sitio de Bilbo, iniciado el 10 de junio, y realizado contra la opinión de Zumalacárregui, concluyó con la muerte del gran caudillo carlista, el 24 de junio. A pesar de su muerte, el carlismo seguía dominando Euskal Herria, especialmente Gipuzkoa, exceptuando sólo las ciudades, hasta el final de la guerra en 1839.

Las tropas gubernamentales casi no se atrevieron ya a penetrar en territorio carlista. Esta dominación de amplias zonas hacía innecesario seguir con la aplicación de la táctica de guerrillas, y el ejército carlista se convirtió definitivamente en un ejército regular. A esto se puede añadir, que con Zumalacárregui se había muerto el caudillo que había desarrollado la guerra de guerrillas como planteamiento táctico adecuado para llevar a cabo eficazmente el levantamiento carlista; aquella decisión de Zumalacárregui había sido fruto de su propia experiencia guerrillera en la guerra de la Independencia.



10. CONCLUSIONES

La muerte de Tomás de Zumalacárregui supone el fin del ciclo de las importantes luchas guerrilleras en Euskal Herria durante el final del Antiguo Régimen. El ejército carlista se convirtió entonces, provisto de una base territorial, en un auténtico ejército regular. Es interesante señalar que el apoyo popular -base imprescindible para la guerra de guerrillas- disminuyó con el paso de los años. José Ramón Urquijo y Goitia, que estudió la creación de un aparato policial y represivo carlista, desde 1836, llegó a la siguiente conclusión:

"De acuerdo con los informes carlistas, la masa campesina se mostraba más o menos indiferente al hecho bélico, al menos a la altura de 1836. No es lo mismo apoyar una sublevación corta que una larga guerra financiada casi exclusivamente por campesinos..."¹¹⁸

Vamos a detenernos un momento en el resumen de las conclusiones de este trabajo: La guerra de guerrillas es una creación española. Tenía sus antecedentes, sobre todo en la guerra de la Convención; pero fue en la guerra de la Independencia, cuando los esfuerzos comunes de los pueblos españoles sublevados y de sus órganos de gobierno organizaron una verdadera guerra de liberación contra los franceses. Esta forma de lucha fue empleada con asiduidad recurriéndose a ella en diversas crisis durante las décadas posteriores.

En Euskal Herria se nota una españolización de los conflictos desde

¹¹⁸ José Ramón Urquijo y Goitia, **"Represión y disidencia durante la primera guerra carlista: la policía carlista"**, en: **Hispania**, XLV (1985), p. 175.



la guerra de la Convención, pasando por la contienda antinapoleónica hasta la sublevación durante el trienio constitucional; los intereses particulares vascos, obvios durante las matxinadas del siglo XVIII, y después en la guerra carlista, parecen insignificantes en comparación con los intereses del estado entero. Pero esto no quiere decir, que no hubieran existido; al contrario, se puede aducir, que las motivaciones particularistas también tenían su importancia en los conflictos en los que los vascos se ponían al servicio del rey. A pesar de que no negaban, en principio, su subordinación a la corona de Castilla, luchaban a la vez en favor del mantenimiento de los fueros, pues en todos los casos, los enemigos eran abolicionistas, mientras que el rey absoluto garantizaba los fueros. Hay que advertir, de nuevo, que el pueblo llano no solía reivindicar sus fueros expresamente -esto lo hacían los notables tradicionalistas- simplemente defendía sus formas tradicionales de vida, y éstas estaban únicamente garantizadas por los fueros.

Aparte de los antecedentes, hay una clara continuidad de la guerrilla desde 1808 a 1835, tanto en los planteamientos tácticos, como en la identidad de los combatientes. Los jefes guerrilleros de la guerra realista o de la guerra carlista habían hecho, en muchos casos, sus primeras experiencias guerrilleras durante la guerra de la Independencia. Los guerrilleros guipuzcoanos lucharon bajo el mando superior de Gaspar de Jáuregui. Además de la destacada figura de Tomás de Zumalacárregui, tenemos otros muchos ejemplos: Francisco de Gorostidi, el caudillo realista que formó el Primer Batallón de Guipúzcoa había sido guerrillero en la guerra de la Independencia, al igual que sus homólogos en Bizkaia y Araba, Fernando de Zabala y José Ignacio de Uranga, respectivamente; este último de origen azpeitiarra, y que sería más tarde, desde 1834,



ayudante de campo de don Carlos.¹¹⁹ También Ascensio Lausagarreta, que fracasó con su intento de sublevación en 1827, había sido guerrillero en las dos guerras anteriores.¹²⁰

Un trabajo por hacer es el análisis cualitativo y cuantitativo de los componentes del ejército carlista, en especial, acerca de su orientación política y su participación en los anteriores conflictos. Disponemos felizmente de un "Estado militar de Guipúzcoa: año de 1837",¹²¹ que junto a la amplia documentación que se halla en el Archivo General Militar (A.G.M.) de Segovia, permite proceder a la averiguación de la procedencia política y guerrera de los principales oficiales carlistas; aunque a esta altura de la investigación, este objetivo sólo se puede cumplir parcialmente. Me limito, por consiguiente, a la mención de algunos de los oficiales más importantes:

Según dicho "Estado militar de Guipúzcoa", el **Ejército Real de Guipúzcoa** se dividía en 1837 en tres brigadas con ocho batallones. El comandante general fue el mariscal de campo Bartolomé de Guibelalde, natural de Lizartza (nacido en 1790), que había empezado su carrera militar en el **Curso Terrestre** de Javier Mina en Nafarroa, en 1809, y que en 1823 se adhirió al **Ejército Real de Navarra**. El 2º comandante general, el brigadier Pedro José de

¹¹⁹ Expedientes personales de Gaspar de Jáuregui, Tomás de Zumalacárregui, Francisco de Gorostidi, Fernando de Zabala y José Ignacio de Uranga se encuentran en el A. G. M. en Segovia. Además, del último ha publicado José Berruezo el **Diario de Guerra del Teniente General D. José Ignacio de Uranga (1834-1838)**, Donostia: Diputación de Guipúzcoa, 1959.

¹²⁰ Noticias biográficas sobre Ascensio Lausagarreta, deterioradas y sin fechas legibles, en el A. M. de Bergara, B-12.

¹²¹ Más conocido que éste es un **Estado de la fuerza del ejército de Don Carlos V en el Norte en el año 1839**, que existe manuscrito en el Fondo Carlista (Fondo Apalategui) en el Archivo Histórico de Loyola, signo AHL 16-5 y 6, caja 17-2, 11 folios; hay una copia manuscrita en el Fondo Apalategui de la B.D.F.G., sign F-5, 28 folios; fue publicado por Juan Pardo San Gil, **Ejército carlista 1839**, en los **Estudios Históricos -1-** del Museo Zumalakarregi, Ormaiztegui: Diputación Foral de Gipuzkoa 1990, pp. 151-206. Más importante para los objetivos de mi investigación resulta, sin embargo, el mencionado **Estado militar de Guipúzcoa: año de 1837**, que se halla, igualmente, en el Fondo Apalategui de la B.D.F.G., signo E-6, 84 pp.



Iturriza, natural de Mendaro (nacido en 1794), había sido voluntario y jefe de una partida realista en 1822, antes de incorporarse en el **Primer Batallón de Guipúzcoa**. El comandante de la primera brigada fue el brigadier Joaquín Julián de Alzáa, nacido en Oñati en 1799, que desde 1823 había sido subteniente de voluntarios realistas en Oñati. El comandante del 4º batallón, el coronel Aniceto Alustiza, de Mutiloa (nacido en 1811), fue capitán de voluntarios realistas desde 1827; y el comandante del 6º batallón, el coronel Manuel Oliden, nacido en 1807 en Zarautz, se había alistado, en 1822, en el **Primer Batallón de Guipúzcoa**. Otros principales jefes, por otra parte, fueron demasiado jóvenes para tener ya una adecuada experiencia militar, como fue el caso del comandante de la segunda brigada, el brigadier Bernardo Iturriaga, nacido en Azpeitia en 1804. Algunos jefes no eran guipuzcoanos; y en algunos casos no ha sido posible, hasta ahora, encontrar documentación, que es el caso del comandante de la tercera brigada, el brigadier José Ignacio Iturbe. El jefe que fue, a finales de 1833, el primer comandante de las tropas carlistas en Gipuzkoa, Ignacio Lardizábal (nacido en Segura en 1788), no había sido, por su parte, guerrillero, sino soldado del ejército regular, desde 1802; en 1826 se retiró, con el grado de coronel, a su pueblo natal.¹²²

Muchos carlistas habían pasado por la guerrilla de la guerra de la Independencia, por la guerrilla y luego las tropas realistas durante el trienio constitucional, o por las filas de voluntarios realistas; pero la investigación no está todavía a la altura de presentar un cuadro homogéneo, si no completo, de la procedencia de los oficiales carlistas.

La participación del clero en el lado del tradicionalismo no fue nunca negada, y en todas las guerras, la propaganda clerical era

¹²² Los expedientes personales de Bartolomé de Guibelalde. Pedro de Iturriza, Joaquín Julián de Alzáa, Aniceto Alustiza, Manuel Oliden, Bernardo Iturriaga e Ignacio Lardizábal se encuentran en el



un elemento importante para enardecer el entusiasmo popular. Considerando los conflictos bélicos más detenidamente, se observa que el clero estaba mucho más envuelto en la guerra realista que en la guerra carlista, pues en la primera los mismos eclesiásticos los que, en muchos casos, levantaron partidas. Esto es comprensible en vista de las severas medidas antieclesiásticas durante el trienio constitucional, que provocaron la reacción del clero.¹²³

Un elemento constante en las luchas guerrilleras eran, no se puede negar, los bandoleros. En un país que estaba sacudido por una fuerte crisis económica, había en aquellas décadas una gran inseguridad en los caminos, causada por el gran número de bandoleros. Estos se solían enrolar, en tiempos de crisis bélicas, en las filas de las guerrillas, con lo que legitimaron sus saqueos y robos, siempre que se cometieran contra los enemigos de los sublevados. Esta adhesión de bandoleros a la guerrilla solía tener un efecto desestabilizador, porque después de una contienda bélica, muchos guerrilleros no se reincorporaban a la vida normal y preferían la vida **a salto de mata**; éstos solían ser los antiguos bandoleros, pero también muchos más. Los períodos de posguerra estaban siempre acompañados por un fuerte aumento del bandolerismo.

La continuidad de la participación popular en la guerra de guerrillas es la gran incógnita. El pueblo llano es el verdadero protagonista de la guerra de liberación. Podríamos suponer que muchos antiguos guerrilleros, desconocidos para nosotros, se lanzarían, siguiendo a sus jefes, de nuevo a las sucesivas luchas que se desarrollaron en aquellas décadas. No obstante, esta premisa no se cumple del todo durante la guerra realista del trienio constitucional;

A.G.M.

¹²³ Varios informes acerca de la "conducta política y moral de los eclesiásticos"; desde 1836, demuestran una postura más reservada del clero secular, en comparación con el trienio constitucional; aunque en su mayoría el clero seguía en el campo del tradicionalismo, en este caso del carlismo; en el A.G.G., fondo topográfico (carlista), caja 92.



las razones pueden ser ideológicas, por no querer oponerse al legítimo rey Fernando VII, o económicas, pues las medidas del gobierno alimentaban esperanzas de una mejora económica para la población rural. La futura investigación de la guerrilla se debería centrar sobre todo en el aspecto de la participación popular.



11. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES DOCUMENTALES

- Archivo de la Diputación Foral de Araba (A.D.F.A.), Vitoria-Gasteiz
Fondo Histórico
Hemeroteca
- Archivo General de Gipuzkoa (A.G.G.), Tolosa
Fondo Munita
Fondo Topográfico (Carlista)
- Archivo General Militar (A.G.M.), Segovia
Sección de expedientes personales
- Archivo Histórico de Loyola (A.H.L.), Azpeitia
Fondo Carlista (Fondo Apalategui)
- Archivo Histórico Nacional (A.H.N.), Madrid
Colección de Reales Cédulas
Sección Estado
- Archivos Municipales (A.M.)
de Beasain, Bergara, Oñati, Segura, Urretxu y Zumarraga
- Biblioteca de la Diputación Foral de Gipuzkoa (B.D.F.G.), Donostia
Fondo Apalategui
Fondo Julio de Urquijo (J.U.)
- Biblioteca Nacional, Madrid
- Museo Zumalakarregi, Ormaiztegui
diversos fondos
- Servicio Histórico Militar (S.H.M.), Madrid
Colección del Fraile

BIBLIOGRAFIA BASICA

- ARÓSTEGUI SÁNCHEZ, Julio: "El carlismo y la guerra civil", en: La era isabelina y el sexenio democrático (1834-1814), tomo XXXIV de la Historia de España, fundada por Ramón Menéndez Pidal, dirigida por José María Jover Zamora, Madrid: Espasa Calpe 1981; pp. 69-139.
- ARTOLA GALLEGO, Miguel (ed.):
 - Memorias del general don Francisco Espoz y Mina; véase Espoz y Mina.
 - "La guerra de guerrillas. (Planteamientos estratégicos en la Guerra de la Independencia)", en: Revista de Occidente, segunda época, n° 10 (1964), pp. 12-43.
 - La España de Fernando VII, tomo XXXII de la Historia de España, fundada por Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1983 e (1968).
- ARZAC, Juan Ignacio Paul: Historia de Guipúzcoa, tomos 5 y 6 de la Enciclopedia histórico-geográfica de Guipúzcoa, Donostia: Haranburu 1986.



- AZCONA, José María: Zumalacárregui. Estudio crítico de las fuentes históricas de su tiempo, Madrid 1946.
- BACON, Francisco: Historia de la revolución de las Provincias Vascongadas y Navarra: desde 1833 al 1837, Donostia: Txertoa 1973.
- BERRUEZO, José:
 - "Cómo comenzó la Guerra Carlista en Guipúzcoa", en: Boletín de la Sociedad Vascongada de los Amigos del País, año XIII (1957), cuaderno 2º, pp. 101-113.
 - "Espías y guerrilleros guipuzcoanos", en: Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País, año XV (1959), cuaderno 30, pp. 255-277.
- CHRISTIANSEN, Eric: Los orígenes del poder militar en España 1800-1854, Madrid: Aguilar 1974.
- CLEMENTE, José Carlos: Bases documentales del carlismo y de las guerras civiles de los siglos XIX y XX, tomo 1 (2 tomos), Madrid: S.H.M. 1985.
- COMELLAS GARCÍA-LLERA, José Luis: Los realistas en el Trienio Constitucional (1820-1823), Pamplona-Iruña: Studium Generale, 1958.
- Espoz y Mina, Francisco: Memorias del general don Francisco Espoz y Mina, edición y estudio preliminar por Miguel Artola Gallego, 2 tomos (tomos 146 y 147 de la Biblioteca de Autores Españoles), Madrid: Atlas, 1962.
- EXTRAMIANA, José M.: Historia de las guerras carlistas, 2 tomos, Donostia: Aramburu, 1979.
- FERNÁNDEZ ALBADALEJO, Pablo: La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa. 1766-1833: cambio económico e historia, Madrid: Akal, 1975.
- FERNÁNDEZ BASTARRECHE, Fernando: El ejército español en el siglo XIX, Madrid: Siglo XXI, 1978.
- FERNÁNDEZ DE PINEDO, Emiliano: Crecimiento económico y transformaciones sociales del País Vasco. 1100-1850, Madrid: Siglo XXI, 1970.
- FERRER, Melchor/TEJERA, Domingo/ACEDO, José F.: Historia del tradicionalismo español, tomos 1-VII (33 tomos), Sevilla: Trajano, 1941-1945.
- GAMBRA CIUDAD, Rafael: La primera guerra civil de España (1821-23). Historia de una lucha olvidada, Madrid, 1950.
- GOÑI GALARRAGA, Joseba M.: "La revolución francesa en el País Vasco: La guerra de la Convención", en: Historia del Pueblo Vasco 3, Donostia: Erein, 1979, pp. 5-69.
- GRACIA CÁRCAMO, Juan: Mendigos, bandoleros y otros marginados sociales, en: Bizkaia: 1789-1814, Bilbo: Diputación Foral de Bizkaia, 1989, pp. 76-96.
- GURRUCHAGA, Ildefonso: "La Machinada del año 1766 en Azpeitia", en: Yakintza, núm. 5 (sept.-octu. 1933), pp. 373-392.
- LASA ESNAOLA, Fr. José Ignacio: Jáuregui, el guerrillero. (Un pastor guipuzcoano que llegó a mariscal), Bilbo: La Gran Enciclopedia Vasca, 1973.
- LASALA COLLADO, Fermín de, Duque de Mandas: La separación de Guipúzcoa y la Paz de Basilea, Madrid, 1895.



- MONTOYA, Pio de: La intervención del clero vasco en las contiendas civiles (1820-1823), Donostia: por el autor, 1971.
- MUSEO ZUMALAKARREGI: Estudios Históricos I, Ormaiztegui: Diputación Foral de Gipuzkoa 1990.
- MUTILOA POZA, José María:
 - La crisis de Guipuzcoa, Donostia: CAP, 1978.
 - Guipúzcoa en el siglo XIX (guerras-desamortización-fueros) Donostia: CAP, 1982.
- OLAECHEA, Rafael: "El centralismo borbónico, y las crisis sociales del siglo XVIII en el País Vasco", en: Historia del Pueblo Vasco 2, Donostia: Erein, 1979, pp. 165-226.
- OTAZU Y LLANA, Alfonso de: El "igualitarismo" vasco, mito y realidad, Donostia: Txertoa, 1986.
- PAYNE, George Stanley: Los militares y la política en la España Contemporánea, Madrid: Sarpe, 1986.
- PIRALA, Antonio: Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista, 6 tomos, Madrid, 1868-1869.
- Relación histórica de las operaciones militares del cuerpo de guipuzcoanos realistas acaudilladas por el presbítero coronel d. Francisco María de Gorostidi ...: escrita por una comisión de oficiales del primer Batallón de Guipúzcoa....., Donostia 1824; en la B.D.F.G.,J.U. sign 6370.
- RODRÍGUEZ-SOLÍS, Enrique: Los guerrilleros de 1808: historia popular de la guerra de la Independencia, 2 tomos (con 11 cuadernos cada uno), Madrid, 1887-1888.
- TORRAS ELÍAS, Jaume:
 - La guerra de los agraviados, Barcelona: Teide, 1967
 - Liberalismo y rebeldía campesina, 1820-1823, Barcelona: Ariel, 1976.
- VALVERDE, Lola: Historia de Guipúzcoa desde los orígenes a nuestros días, Donostia: Txertoa, 1984.
- VILAR, Pierre:
 - Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la historia de España, Barcelona: Crítica, 1982.
- ZUMALDE, Ignacio: Historia de Oñate, Donostia: Diputación de Guipúzcoa, 1957.